

Las viejas travestís y otras infamias

Copi

Las viejas travestís y otras infamias

Copi

Traducido por Alberto Cardín
y Enrique Vila-Matas
Editorial Anagrama, Barcelona, 1978
Segunda edición, 1989

Título de las ediciones originales:

Une langouste pour deux
Christian Bourgois éditeur, París, 1978

L'uruguayen
Christian Bourgois éditeur, París, 1972

La traducción de «Las viejas travestís» es de Alberto Cardín. La de «El uruguayo» de Enrique Vila-Matías

La paginación se corresponde con la edición impresa. Se han eliminado las páginas en blanco.

Las viejas travestís y otras infamias



EL AUTORRETRATO DE GOYA

La extremada delgadez de la Duquesa de Alba le había ganado entre sus amistades el poco elegante mote de «La Esqueleta», tanto más humillante para ella, cuanto que su hermana pequeña, la Duquesa de Málaga, era considerada la mujer más bella de todas las Españas, en quien habían puesto sus ojos algunas de las más importantes testas coronadas de Europa, hasta el momento en que, alcanzada la mayoría de edad, y teniendo que elegir entre tres jóvenes monarcas, decidió imprevistamente entrar en religión. La familia, a pesar de su acendrada religiosidad, quedó consternada. El viejo Conde de Salamanca, su padre, que amaba apasionadamente a su hija menor, por el excepcional parecido de ésta con su esposa, muerta al darla a luz, mientras que la mayor, la Duquesa de Alba, era el vivo retrato de su padre, a quien en todas las cortes de Europa se

le había dado el sobrenombre de «Conde del Horror», por su fealdad extremada. D. José Ignacio (que tal era su nombre) llegó incluso a amenazar con matarse de un pistoletazo si su hija tomaba los hábitos. Pero la Duquesa de Alba sostuvo con tenacidad la vocación de su hermana, y se pasó noches enteras encerrada con su padre en la biblioteca del palacio, hablándole, con dulzura, pero con firme convicción, de Dios, y de la voluntad de su madre difunta, a quien el Señor tenía en su Gloria, hasta lograr conmover el corazón del viejo, que acabó por ceder. La Duquesa de Málaga traspuso así las rejas del Carmelo, y la pesada puerta se cerró tras ella. El viejo Conde sollozaba convulsivamente, apoyado en el hombro de su hija mayor, a la que una sonrisa beatífica iluminaba su perfil aquilino. Después de esto, la salud del Conde comenzó a declinar, había perdido el gusto de todo y empezó a dejarse morir, asistido y tal vez ayudado por una negligencia de la Duquesa, que una noche cargó un poco demasiado la mano en la belladona que cada noche, al sonar las doce, llevaba a su padre, que dormitaba en su butacón, con el eterno *Don Quijote* de pergamino en las manos, y las gafas de leer colgándole de la punta de la nariz. La Duquesa de Málaga salió por última vez del Carmelo para asistir, en la Catedral de Toledo, a los funerales por el alma de D. José Ignacio, a los que

habían acudido todo el Gotha europeo. En el momento preciso en que ambas hermanas se disponían a ponerse de rodillas para entonar el *Te Deum*, el joven Rey de España, transido de pasión, se arrojó a los pies de la Duquesa de Málaga, exclamando: «¡Te amo!». La Duquesa, levantándose con presteza, salió de la iglesia, montó en una carroza, y fue a encerrarse, para no salir ya más, en el convento.

Recién cumplidos los veintiún años la Duquesa de Alba se encontró dueña y señora de cuarenta y tres ducados, diecisiete condados, cinco castillos, repartidos por todos los rincones de España y la ganadería más afamada de toda Andalucía, al haber hecho su hermana voto perpetuo de pobreza. Durante un año se vio obligada a guardar luto por su padre, limitando sus visitas a las de unos pocos nobles íntimos a los que ofrecía suntuosas cenas en las que comía como una energúmena, sin llegar a sobrepasar, no obstante, su peso de treinta y nueve kilos, toda ella nervio y hueso. Había intentado en numerosas ocasiones trabar conocimiento con algún joven noble, con ocasión de coronaciones, o fiestas nupciales, pero su fealdad levantaba un muro de frialdad en torno suyo; en las fotos oficiales se la situaba siempre en la última fila, tapada en general por el sombrero inmenso de la Reina Madre de Grecia, a pesar e ser su abuelo mucho

más rancio. Poco a poco fue recluyéndose en su castillo de El Escorial, sin atreverse jamás a pasear por Madrid a no ser encerrada en su carroza, a la que había hecho poner cristales negros, para evitar las burlas de los niños madrileños, inmisericordes con su fealdad. Los viejos nobles a los que recibía en sus salones eran amigos de su difunto padre, y tan feos como ella. El viejo Conde de las Asturias estaba cubierto de verrugas, y el Duque de Castilla, su padrino, era jorobado.

El Duque de Castilla había conocido a un joven argentino, campeón de tenis, en casa de una de sus primas: se decidió a invitarlo a cenar en casa de la Duquesa de Alba, al ocurrírsele que su ahijada, en realidad, no frecuentaba más que gentes aburridas, o demasiado viejas. El Príncipe Florencio Goyete Solís, nacido en Argentina del matrimonio del Príncipe Goyete con una descendiente de la nobleza azteca, había conservado, a pesar de sus cuarenta y cinco años, una sonrisa juvenil, la piel bronceada, un collar de dientes de foca, unas gafas negras, y una gorra de marino. Se sintió encantado de ser recibido por la Duquesa de Alba, cuya considerable fortuna y extremada piedad le eran bien conocidas (se decía que dormía de rodillas sobre su reclinatorio), así como las numerosas tragedias que pesaban sobre su familia. Pero tenía, sobre todo, curiosidad por ver a la Duquesa, a causa de

su famosa fealdad, de la que toda la nobleza europea se hacía lenguas. Florencio penetró en un inmenso patio andaluz en el que la Duquesa se mantenía en la penumbra, escondida tras una planta de jazmín, y el rostro disimulado bajo una gran mantilla negra. Pasaron de inmediato al comedor. La mesa, abundantemente provista de platos de carne a la brasa, se hallaba iluminada por una sola vela. Florencio se sentó entre el Duque de Asturias y el Duque de Castilla, la de Alba se situó en el extremo opuesto de la mesa. Florencio terminó por habituarse a la penumbra reinante, lo bastante como para poder observar el rostro de la Duquesa que, de cuando en cuando, levantaba con rápido movimiento la mantilla para introducirse en la boca un buen trozo de carne con un tenedor de plata. No fue la fealdad la que, al cabo, impresionó más a Florencio en la Duquesa, sino su extremada flacura, la piel pegada a los huesos, sus ojos negros hundidos en las órbitas, la prominencia de sus dientes y su piel de color blanco-grisáceo. Durante toda la cena, la Duquesa no pronunció palabra, demasiado ocupada en devorar ella sola un lechón casi crudo que tenía ante sí, lo que hizo a lo largo de cuarenta minutos, mientras los demás parloteaban sobre la dinastía Hohenzollern, con la que Florencio se hallaba emparentado por línea materna. Cuando finalmente pasaron al salón, en el que dos

discretas bujías iluminaban respectivamente a la «Maja Desnuda» y la «Maja Vestida» de Goya, los célebres retratos de la célebre Duquesa de Alba, tatarabuela de la actual, el Conde de Castilla y el Conde de Asturias se disculparon de inmediato, se pusieron sus capas y partieron en sus carrozas, mientras Florencio aceptaba un último jerez para quedarse a escuchar la orquesta de la Duquesa, treinta guitarras alrededor del patio del palacio. Los dos viejos condes se felicitaron por su iniciativa; habían creído discernir en el comportamiento, ligeramente más parsimonioso que de costumbre, de la Duquesa los signos de una cierta turbación, y el muchacho les pareció de lo más correcto; ya que la Duquesa de Alba no podía aspirar a ninguno de los buenos partidos europeos ¿por qué no orientarse hacia la nobleza argentina que, aunque un tanto dudosa, se llevaba cada vez más en España? La Duquesa se envolvió en un mantón de manila, rogó a su huésped tomar asiento en el centro del patio y ella se sentó tres pasos detrás de él, a la sombra de una magnolia. Los guitarristas, ciegos todos, habían sido colocados en círculo alrededor del patio por el viejo mayordomo de palacio, que tenía todas las trazas de uno de los monstruos de Goya; por el momento parecía ser el único miembro del servicio del inmenso castillo. La orquesta atacó un cante jondo; un viejo ciego comenzó a

lanzar lamentaciones que ponían los pelos de punta; así transcurrió más de una hora. El gigoló argentino observaba con el rabillo del ojo a la Duquesa, que se mantenía tiesa e inmóvil bajo la mantilla. Por primera vez en su vida se sentía intimidado ante una mujer.

Florencio Goyete y Solís había sido campeón de tenis de su club, en el barrio sur de Buenos Aires. Su precoz notoriedad le valió un ventajoso matrimonio con la hija de un industrial fabricante de raquetas. Pero ocurrió que Perón subió al poder (era en el 45), y la familia del industrial quedó arruinada. Él se divorció para seguir a Río a una viuda brasileña, luego cambió a una norteamericana, y finalmente a una venezolana con la que estuvo diez años, y que lo echó de su yate en Torremolinos con un cheque de mil dólares y sus maletas. De esto hacía un año. Había intentado en este tiempo introducirse en todos los salones de España; las mujeres españolas no eran fáciles: o demasiado beatas o demasiado pobres. Era un poco como en Argentina: había que pasar por el matrimonio. Pero, a los cuarenta y cinco, no se puede aspirar a una heredera cuando no se posee más que un título dudoso y una raqueta de tenis; la Duquesa de Alba era la primera oportunidad seria que se le presentaba desde su llegada a España. Decidió pues jugar fuerte. Se levantó de su butaca de bambú

negro, se abotonó su blazer azul y se acercó a la Duquesa, haciendo una profunda inclinación: «¿Quiere Vd. bailar, Duquesa?» La Duquesa se quedó por un momento atónita. No había bailado en su vida, ni visto bailar, a no ser en el cine. La única música que le parecía decorosa era el cante jondo. Pero esto se escuchaba, no se bailaba. También le gustaba la música sacra, pero sólo la de las misas solemnes. El príncipe argentino le pareció de lo más inapropiado: llevaba una gorra de marino en lugar de una corona, y una raqueta en vez de un cetro. Lo había invitado a escuchar el cante jondo de cada noche por mera deferencia hacia el Conde de Castilla, que era quien lo había traído, y no se sentía en absoluto atraída por aquella parodia del Gotha auténtico, que el príncipe criollo sólo conocía sin duda por las fotos de las sórdidas crónicas sociales. «Yo nunca bailo, vuelva a su asiento», le dijo con tono seco. Él volvió a sentarse y esperó pacientemente a que acabara el cante jondo, aunque haciendo comprender a la Duquesa, mediante un discreto golpeteo de mocasín en el suelo, que hubiera preferido un contacto más franco. El calor, por lo demás, empezaba a hacerse insoportable; Florencio se desanudó levemente el pañuelo de seda blanca que llevaba al cuello. El cri-cri de los grillos tapaba casi por completo el cante. De pronto, un relámpago surcó el cielo, y

Florencio aprovechó para echar un vistazo a la Duquesa; se quedó casi espantado de su expresión cadavérica, pero se dijo que seguramente era un efecto del resplandor del relámpago. Un fuerte viento comenzó a soplar de improviso, las luces se apagaron y se puso a llover a cántaros. Florencio se precipitó a ayudar a la Duquesa que rodaba por el suelo, empujada por el viento, en mitad de un parterre convertido en ciénaga; se hallaba casi desvanecida por el golpe. La levantó como si fuera una pluma en sus brazos de coloso y se dirigió hacia el salón donde las vacilantes bujías continuaban alumbrando a las dos Majas. Cerró la puerta que daba a la veranda. Fuera, los músicos ciegos chocaban entre sí, trastabillando entre las cuerdas y el agua; los relámpagos y los truenos se sucedían sin cesar. Florencio Goyete y Solís depositó a la desvanecida Duquesa sobre un diván del salón, el mismo (de esto se dio cuenta de inmediato) que aparecía retratado en los dos cuadros. Acercó un candelabro al diván donde reposaba la Duquesa, que empezaba a volver en sí. Esta comenzó a hipar y vomitó toda la carne de cerdo que había engullido durante la cena, luego dijo: «¿Es Ud., Príncipe Solín? Acérquese a mí». Él se sentó en una esquina del diván, conteniendo las náuseas que le producía el olor del vómito. La Duquesa le apretó la mano tan fuerte que casi le dio un calambre, y le dijo: «Ayú-

déme a levantarme». Él obedeció. «¡Por aquí!» dijo ella, señalando con su dedo sarmentoso una enorme puerta. Florencio la ayudó a avanzar hasta la puerta, y abrió una de sus hojas: era una inmensa biblioteca, mayor aún que el patio, en la que los pergaminos, apilados hasta el techo, situado como a cuatro metros del suelo, se apretujaban entre los estantes. El viejo servidor monstruoso iba encendiendo los candelabros situados cada diez metros. Al fondo podía verse un inmenso escritorio, tras el cual se erguía, como un trono, una silla de madera negra esculpida de unos tres metros de altura, sobre la que el viejo monstruo escaló para alumbrar un retrato colgado del muro, desapareciendo a continuación por una puerta falsa. La Duquesa recobró su aplomo para tomar a Florencio del brazo y hacerlo avanzar lentamente a través de la biblioteca, hasta el escritorio. A izquierda y derecha, los cuadros de Goya salpicaban las paredes. «He ahí el autorretrato de Goya de joven» dijo ella, señalando el cuadro situado sobre la silla negra. Florencio no daba crédito a sus ojos: el autorretrato se le parecía como dos gotas de agua: la forma de la cara, el bigote, la mirada, todo idéntico. Se volvió para mirar a la Duquesa, que le sonreía enseñando toda su dentadura de oro y todas sus encías. «Vd. va a hacerme ahora mi retrato», dijo ella, dejando caer por tierra la mantilla, y des-

cubriendo sus brazos cadavéricos. Empezó a desvestirse, lo que tomó su tiempo, dada la cantidad de ropas y enaguas que recubrían su cuerpo esquelético. Florencio Goyete y Solís se hundió lentamente en la silla negra y encendió un puro. Por un azar fabuloso, estaba a punto de colmar sus ilusiones. Se casaría con la Duquesa y, luego, se deshacería de ella. Nadie podría asombrarse de que aquella jorobada de treinta y nueve kilos muriera al dar a luz, después de haber representado, por supuesto, durante dos o tres años el papel de marido amoroso. La Duquesa de Alba se sentía transformada por Dios sabe qué milagro; se imaginaba poseer el cuerpo y la cara de la Duquesa de Málaga, su bella hermana, enclaustrada en el Carmelo. Conservó su mantilla negra sobre su cuerpo desnudo para acercarse públicamente a Florencio, a continuación saltó sobre su bragueta, la abrió con un gesto seco y se metió su sexo en la boca. Absolutamente ignorante de las cosas de la reproducción, se imaginaba que era así como las mujeres eran fecundadas. Florencio cerró los ojos e intentó recordar a una muchachita de su barrio de Buenos Aires que, durante toda su infancia, se la ponía tiesa de inmediato con sólo pensar en ella, pero el sexo no cobraba vida. La Duquesa le mordía el glande con demasiada fuerza. Intentó apartar delicadamente la cara de la Duquesa con una mano, y cayeron al suelo la mantilla y

la peluca. La Duquesa de Alba, por primera vez en su vida, experimentaba placer, y apretó los dientes, Florencio lanzó un grito, dio un salto de dos metros y fue a estrellarse contra una de las vidrieras de la biblioteca. La atravesó y cayó al jardín sobre un parterre de violetas, en medio de la lluvia, perdiendo sin cesar sangre por el abierto agujero de su sexo que la Duquesa le había seccionado con sus dientes. Tuvo un último pensamiento piadoso para su madre, luego dijo en voz alta: «¡Qué cosa, che!». Y expiró.

LOS CHISMORREOS DE LA MUJER SENTADA

Truddy Lorelei se sentó sobre su mochila, de mal humor. Acababa de perder su tren para Loir-et-Cher. Se compró un pirulí de estilo french, pequeño y con franjas oblicuas. La estación de Lyon le revolvió las tripas, estaba terriblemente sucia, y además estaba llena de negros que conducían una especie de segadoras automáticas a toda mecha, haciendo como que iban a atropellar a la gente. Tenía que llegar al American Express de Loir-et-Cher antes de que cerraran las taquillas. No le quedaban más que dos billetes de un dólar, tres de diez francos, y algunas fichas de teléfonos, todo ello estrujado en el bolsillo posterior de sus jeans. Entre las fichas había una francesa: decidió telefonar a una chica francesa que había conocido en Amsterdam, para pasar el tiempo. Se colocó la mochila a la espalda y se dirigió hacia las cabinas telefónicas. Una

de aquellas máquinas monstruosas la empujó al pasar a su lado, el negro que la conducía le gritó algo que ella no pudo comprender, basculó bajo el peso de la mochila y cayó a tierra, lastimándose una rodilla. Se preguntó si en estos casos podía hacerse una reclamación, como se hace en los U.S.A., cuando un anciano caballero, tremendamente parecido a Charles Boyer, le ayudó a levantarse, «Gracias», le dijo en el mejor francés que supo, y continuó su camino cojeando hasta la cabina telefónica. Marcó el número, después de haber dejado en el suelo la mochila. Truddy era muy gorda, el pelo largo, rubio y muy fino peinado al estilo afro, y los ojos muy maquillados en negro, llevaba un conjunto jean de dos piezas, zuecos negros, y su boca carnosa pintada de rojo carmín. El teléfono de Françoise comunicaba. El anciano parecido a Charles Boyer la contemplaba desde el otro lado del cristal de la cabina; la había seguido. Volvió a marcar el número. Ahora daba línea. «¿Françoise? ¡Soy yo, Truddy Lorelei!» Al otro lado de la línea se produjo un momento de silencio, y luego la voz de Françoise «¡Truddy, querida! ¿dónde estás?» «I am gare de Lyon!» dijo Truddy. «Vuelve a llamarme la próxima vez que pases por París» dijo la voz de Françoise, y colgó. Truddy se quedó de una pieza. Había alojado a Françoise durante una semana en Amsterdam, ha-

bían tomado ácido juntas, Françoise había querido tirarse por la ventana porque su marido fotógrafo se había acostado con un travestí alemán. Truddy había logrado alcanzarla en el borde mismo de la ventana y había estado hablando con ella toda la noche, reconfortándola lo mejor que supo con sus pocas palabras de francés. Françoise se había marchado al día siguiente, robándole dos billetes de cincuenta dólares, y dejando la puerta abierta. Truddy había estado enfadada durante varios días, luego pensó que Françoise tenía más necesidad que ella de aquel dinero; y se puso a admirar el valor de aquella muchacha francesa que se había casado con un homosexual sin saberlo, educaba ella sola a su hija de tres años en una buhardilla, dando cursos de claqué y sufriendo terribles depresiones cuando no tenía alumnos, y además con una patrona que quería echarla a la calle porque decía que su hija gritaba demasiado por la noche, y seguía siendo fiel a su marido, esperando su vuelta. Pero el marido se había teñido de rubio y se había puesto todo de pailletes; había ido a rehacer su vida en Amsterdam, Françoise fue a verlo una última vez para suplicarle que volviera con ella y con su hijita, pero el marido la abofeteó delante de todo el mundo en un vernissage al que Truddy Lorelei había acudido por casualidad; tomó entonces la jefatura de las mujeres de pintor presentes en

el vernissage, y entre todas pusieron al marido travestí de patitas en la calle. La joven Françoise sollozaba en un rincón, entre dos estatuas de plástico verde. Las mujeres de pintor la rodearon y la adoptaron de inmediato. Fue Truddy quien la llevó aquella noche a dormir a su casa.

Truddy vio a través del cristal de la cabina al anciano caballero parecido a Charles Boyer, que no paraba de mirarla. Sacó un plátano de uno de los bolsillos del chaquetón, lo peló como hacen los monos y se puso a comerlo. Truddy se preguntó qué podría hacer en la hora que aún tenía por delante; pensó que no estaría nada mal comerse un sandwich, echó de menos de antemano el ketchup, pero se dirigió de todos modos a paso lento a la cafetería. Dijo «Un sandwich, Mademoiselle». Era, más o menos, todo lo que sabía decir en francés, así que lo decía con mucha autoridad. «¿Paté, salchichón, picadillo, camembert o gruyère?» «¿Camembert!», dijo Truddy, que detestaba el camembert, pero era la única palabra que había entendido y, además, pensó que era lo menos caro. El anciano caballero parecido a Charles Boyer vino a acodarse a su lado en la barra. La camarera le dijo: «¡Monsieur Boyer, cuánto tiempo sin verle por aquí!». Le dio el sandwich a Truddy y ésta le pagó

con un billete de diez francos. M. Boyer se echó al coleteo un vasito de côtes-du-rhône mientras charlabo con la camarero. Truddy no comprendía una palabra de la conversación; masticaba con rabia su sandwich, estaba furiosa contra Françoise. Había pensado ir a recoger su asignación al American Express de Loir-et-Cher, volver a París y alquilar un pequeño estudio con Françoise y su hijita para aprender el francés. Luego, volvería a los U.S.A. a dar algún curso de francés en la Universidad de Maryland; con Françoise también, por supuesto. Pensó que era estúpido interesarse de aquella manera por esa francesita tan pretenciosa y maleducada. Con el dinero que esperaba se marcharía a pasar el verano en Grecia. La camarero le dio la vuelta; había devorado el sandwich entero sin darse cuenta. El anciano caballero parecido a Charles Boyer le pellizcó la nalga derecha, lo que la hizo dar un brinco y soltar el platillo con la vuelta, que echó a rodar por tierra. El viejo sádico se reía a mandíbula batiente, la vieja de detrás de la barra también; cuando Truddy se agachó para recoger las monedas, le dio unos palmetazos en las nalgas; algunos de los clientes, acodados en la barra, reían también de buena gana, Truddy le gritó al viejo: «You, pig! Pig!», cogió su mochila y se fue hacia el vestíbulo de la estación sin volver la cabeza; todo el restaurante estalló en grandes carcajadas cuando,

al ir a cruzar la puerta, tropezó y cayó al suelo. Una de las máquinas parecidas a trenes de Walt Disney estuvo a punto de aplastarla. El negro que la conducía, muerto de risa, dio un golpe de volante y se lanzó de nuevo sobre ella. Truddy tuvo aún la sangre fría de precipitarse al interior de la cafetería, golpeándose la cabeza contra el vidrio; la mochila cayó por el suelo, se desparramaron T-shirts, un par de alpargatas y un foulard indio. El anciano parecido a Charles Boyer se precipitó a ayudarla. La hizo sentar en una silla y le abrió el chaquetón de jean, del que salieron sus grandes tetas llenas de manchas rojas. La vieja de detrás de la barra se acercó con un paño lleno de cubitos de hielo que puso sobre la frente de Truddy, mientras el negro estrellaba su máquina contra la vitrina de la cafetería y la hacía volar en mil pedazos. Los clientes que se hallaban en el interior, enloquecidos, echaron a correr hacia la salida, mientras el negro daba marcha atrás y metía de nuevo la máquina por el agujero que había hecho en la vitrina. La máquina penetró en la cafetería y se dirigió hacia Truddy volcando mesas y sillas. Truddy consiguió deslizarse debajo de una banqueta, El anciano parecido a Charles Boyer sacó de su bolsillo una pistola y disparó sobre el negro, que cayó muerto sobre el enlosado. La máquina, sola, fue a estrellarse contra la vitrina de la cafetería que daba sobre la acera y, atravesándo-

la, inició una carrera enloquecida por la estación. Truddy se puso en pie como mejor pudo, sentía un gran dolor en la pierna, la máquina le había hecho un gran moretón en el tobillo y había perdido sus zuecos. La policía empezaba a hacer su aparición, el caballero parecido a Charles Boyer la cogió del brazo y la obligó a entrar en los servicios, justo en el momento en que empezaban a estallar las bombas lacrimógenas en el interior de la cafetería. Truddy tuvo aún tiempo de ver a los clientes refugiarse detrás de la barra y empezar a lanzar botellas contra los guardias. El caballero parecido a Charles Boyer la apuntó con el revólver y le dijo: «¡Bájate las bragas!» Sin comprender palabra, Truddy entendió el sentido del gesto y empezó a hacer lo que le ordenaba. El viejo la abofeteó, la obligó a ponerse de rodillas, y después de golpearle la cabeza con el revólver, se lo introdujo en el ano; ella sentía que le hacía mucho daño, pero no pronunció una sola palabra, por miedo a que el viejo apretara el gatillo. Él, con la mano libre, entretanto, se masturbaba, y empezó a jadear de gusto en el preciso momento en que los guardias empezaban a golpear la puerta. Él se deslizó el revólver en el bolsillo y escondió su sexo bajo el impermeable. Truddy temblaba de miedo, arrodillada ante los urinarios, donde el viejo la había obligado a sorber la orina; su cara y sus hermosos

cabellos rubios estaban recubiertos de excrementos; de manera instintiva, se subió de nuevo los pantalones en el momento en que el viejo abría la puerta a los guardias, diciendo: «¡Aquí está, señores, yo la he detenido!» Y le tendió el revólver a uno de los guardias. Otro de ellos se precipitó sobre Truddy y la arrastró fuera, mientras un tercero le colocaba las esposas. Se la sacó de inmediato a la cafetería, donde las conversaciones tumultuosas quedaron cortadas de repente. Todos los cristales habían volado hechos trizas, incluidos los espejos, las botellas y los vasos. Las sillas y las mesas estaban todas volcadas, varias personas se hallaban heridas por el estallido de los cristales; una ambulancia se había llevado ya a veinte de ellos. El cadáver del negro se hallaba tendido en medio de la sala, sobre una banqueta, con un hilillo de sangre corriéndole por la comisura de los labios. Un guardia lo cubrió con un mantel a cuadros. La patrona se lanzó contra Truddy gritando: «¡Asesina! ¡Asesina!», mientras que un centenar de personas apelo-tonadas en el vestíbulo de la estación se ponía a gritar a su vez: «¡A muerte! ¡A muerte! ». Un cordón de policías intentaba mantenerlos a distancia. Entre los diversos gritos de la gente, Truddy consiguió entender en varias ocasiones la palabra «guillotina», una de las pocas que conocía en francés. Se puso a gritar: «Help! Help! Help!» e in-

tentó abrirse camino hacia la ambulancia, pero los enfermeros la rechazaron, y uno de ellos le dio incluso un golpe en la cara, y otro un puntapié en la espinilla, los guardias llegaron justo a tiempo de protegerla contra la amenazante muchedumbre. Mientras dos de ellos la golpeaban con sus porras, los demás hacían otro tanto con el número cada vez mayor de personas que se apretujaban intentando lincharla. Le arrancaron el chaquetón, hecho jirones, y la arrojaron al interior de un coche celular que cerraron con gran estrépito. Se encontró así, llena de magulladuras, en el suelo del vehículo, zarandeado por la muchedumbre que intentaba volcarlo. Logró arrastrarse hasta una rejilla y miró al exterior. Los guardias apuntaban a un grupo de civiles que se hallaban de cara a la pared y con las manos sobre la nuca. Varios niños corrían de un lado a otro, llorando. El viejo M. Boyer iba de un grupo a otro de guardias, dando órdenes. El cadáver del negro fue instalado en una camilla y lo introdujeron en el interior del coche celular por la trampilla del enrejillado. Truddy, aterrada, se acurrucó en el fondo del coche. Los guardias se llevaron la camilla, después de arrojar el cadáver al interior. Fuera, M. Boyer daba instrucciones con un megáfono; la muchedumbre se dispersó, y los guardias subieron a los coches. La dueña de la cafetería encendió una tea y la arrojó contra el coche

en que se hallaba Truddy. Con gran prontitud, uno de los bomberos llegados con la policía roció el coche con un extintor, pero el interior ya estaba inundado de agua e invadido por una espesa humareda. Truddy recibió un chorro de agua en plena cara, empezó a toser, el humo no la dejaba respirar; se refugió en el suelo, al lado del cadáver del negro, donde la humareda era menos densa.

De pronto la camioneta se puso en movimiento, y las sirenas empezaron a sonar. El humo se dispersó lo bastante como para que Truddy pudiera arrastrarse hasta la reja posterior. M. Boyer le seguía conduciendo una limousine negra. Dos hileras de motoristas protegían a la comitiva de los gritos hostiles de la muchedumbre que se arremolinaba en las aceras. La palabra «guillotina» era coreada cada vez con más fuerza. Truddy, agarrada a las rejas gritaba «Help! Help! Help!» con todas sus fuerzas. El coche celular frenó de golpe, y Truddy rodó por tierra sobre el cadáver del negro, al que se abrazó de manera instintiva. Afuera, la barahúnda era inmensa, una gran confusión de sirenas, gritos y silbatos. La puerta celular se abrió, el anciano parecido a Charles Boyer subió a su interior, y el coche arrancó de nuevo. Se sentó en uno de los bancos laterales, sacó una radio de pilas del bolsillo y se puso a escucharla con toda atención, sin ocuparse para nada de Truddy. El coche se detuvo

finalmente, con suavidad, en medio de una música de campanas. M. Boyer sacó un peine del bolsillo y se repasó el bigote en el momento mismo de abrirse la puerta. Truddy vio entonces, por primera vez en su vida, la flecha de la Sainte-Chapelle, que sólo conocía por las postales. Se hallaba incrustada en el interior del gran edificio cuadrado y gris que rodeaba al patio donde el coche celular se había detenido. El caballero parecido a Charles Boyer bajó del coche sin mirarla y desapareció de su vista. Ella se precipitó hacia la reja lateral del coche celular para ver a la muchedumbre arremolinada en el patio, cantando la *Carmañola*, canción que ella conocía por haberla oído en una película francesa. Detrás de la muchedumbre y los edificios de seis pisos, Truddy vio las dos torres de Notre-Dame, sobre las que flotaban dos banderas francesas recor-tándose sobre el cielo azul de un domingo de mayo. Un hombretón de grandes mostachos rojos, vestido de carnicero francés, saltó al interior del coche celular y se echó el cadáver del negro a las espaldas. Alguien cerró la puerta. Truddy escuchó las risas de la gente; ahora los guardias preparaban una hoguera en otra esquina del patio. El carnicero arrojó al negro sobre una mesa de madera, lo desvistió con gran rapidez y comenzó a partirlo en trozos con la ayuda de diversos cuchillos que un joven rubianco no cesaba de afilar al efecto. Esto duró un

buen rato. Los guardias encendieron la hoguera con carbón de leña; pronto se convirtió en un verdadero horno; la muchedumbre gritaba «¡Bravo!» cada vez que el carnicero cortaba un nuevo miembro del cadáver del negro, que el ayudante iba arrojando a la hoguera. Un olor de carne quemada comenzó a inundar el aire, la gente imitaba los gritos de los indios. Los guardias sacaban de la hoguera los trozos ya bien rustidos y se los pasaban a la muchedumbre a través de las rejas. El cadáver del negro desapareció así en pocos minutos. Luego el aprendiz y el carnicero hicieron unas cuantas piruetas alrededor de la mesa; el aprendiz cogió un tizón del fuego y comenzó a escupir fuego danzando sobre la mesa, mientras el carnicero se ponía un capuchón negro con agujeros para los ojos, el bigote y la boca, y se colocaba con los brazos cruzados en lo alto del entarimado de la guillotina. La multitud lanzaba gritos histéricos, Truddy temblaba de miedo. Corrió a la reja central del coche celular para ver la fanfarria de los bomberos que bajaba por la escalera central del Palacio de Justicia tocando la *Marsellesa*. Detrás de ellos entraron dos hileras de viejos cubiertos de medallas y, en medio de ellos, vestido con una larga túnica negra y una peluca blanca rizada sobre la cabeza, M. Boyer, con una balanza en la mano. La multitud ante su aparición llegó al delirio. M. Boyer se

detuvo en lo alto de la escalera e hizo un gesto para imponer silencio. Pronunció un discurso del que Truddy sólo pudo comprender dos palabras que se repetían sin cesar: «justicia» y «guillotina». Las rejas cedieron ante el empuje de la muchedumbre. El patio se vio invadido por centenares de personas, y algunos jóvenes con casco y bufanda arrastraron a Truddy fuera del coche celular a puntapiés. Ella logró levantarse haciendo un esfuerzo y se precipitó a todo correr hacia la guillotina. No quería morir linchada. Al pasar, la gente la golpeaba, pero consiguió llegar arrastrándose hasta el entarimado. El verdugo la ayudó a subir las escaleras; luego, la besó largamente en la boca, mordiéndole salvajemente los labios, al tiempo que le apretaba el cuello y la nuca con unos dedos fuertes como tenazas. Truddy no tenía fuerza ya en ninguno de sus músculos, el verdugo la sujetaba por los cabellos como si fuera un monigote, a pesar de sus noventa kilos. La gente reía enloquecida y arrojaba adoquines sobre ella. El carnicero le colocó la cabeza en el cepo, ella fijó los ojos en el tejido del cesto y se dijo a sí misma «No puede ser cierto», en el momento mismo en que la cuchilla le segaba la cabeza. En un último destello, pudo ver la cara de su madre, muerta al nacer ella, y a la que sólo había conocido en foto. La muchedumbre danzaba en torno a la guillotina y a la hoguera todavía

humeante, entre cuyas cenizas algunos niños hur-
gaban para encontrar aún algún hueso del negro
que roer. M. Boyer se dio media vuelta, ascendió las
escaleras del Palacio de Justicia, y cerró tras de sí
la puerta principal, dejando fuera a la multitud
enardecida. Dejó caer al suelo el ropón negro y
arrojó la peluca contra la puerta lanzando un sus-
piro de hastío.

MADAME PIGNOU

Mme. Pignou se detuvo extasiada ante el escaparate de huevos de pascua de la esquina de Henri-Monnier y Victor-Massé. Llevaba sin comer una semana, no por falta de pan, ciertamente, sino por glotonería. No compraba más que un huevo de pascua cada año, y ayunaba durante una semana, relamiéndose por todos los escaparates del distrito 9 antes de elegir el huevo de pascua de sus sueños. Este era el adecuado. Sacó de su estuche, que guardaba en su viejo bolso de cuero negro, unos anteojos para mirar los precios. Se preguntó si cien quería decir diez francos o mil, y finalmente, ya decidida, entró en la confitería, e hizo sonar el timbre de la caja, que en este momento se hallaba vacía. Una joven prostituta, de tez fresca y un pequeño caniche bajo el brazo, por poco la atropella, entrando casi al mismo tiempo que ella. «Quiero

una pizza», le dijo a la confitera, que en aquel momento salía de la trastienda. La confitera envolvió la pizza en un papel y se la dio, diciendo: «Tres francos con cincuenta, gracias». La otra cogió la pizza y comenzó a comerla, dándole las migas al caniche. «¿Qué huevo de pascua me aconseja Vd.?» preguntó Mme. Pignou a la confitera. «Depende de la edad» respondió aquélla. «Es para mí» dijo Mme. Pignou, y oyó la risa de la prostituta a su espalda. Mme. Pignou se volvió, indignada. «Señorita», dijo la confitera, «las pizzas se comen fuera, si hace el favor». La joven prostituta salió, empujando con un codo la puerta de cristal, y con el perrito en la otra mano. «Yo había pensado en el huevo del medio» dijo pensativa Mme. Pignou, «el de la cinta rosa». La confitera se dirigió a buscarlo. «Pero ¡es intolerable!» gritó al llegar al escaparate, «¡la chica esa está poniendo a mear a su perro en mi acera!» Y salió de la confitería apostrofando a la joven prostituta. Mme. Pignou se acercó al escaparate, pero no pudo oír nada. La confitera gesticulaba, el caniche la mordió en la pantorrilla, la joven prostituta cogió el perrillo y huyó con él hacia la Rue Frochot. Mme. Pignou abrió la puerta y va hacia la confitera que camina trabajosamente; ésta le dice educadamente a Mme. Pignou: «No es nada, madame, se lo agradezco. Venga, entremos en la confitería ¡aún nos queda

mucho por sufrir! ¡Y, primero, cerremos la puerta con llave!» Hizo sentar a Mme. Pignou en una silla de fórmica y fue a cerrar la puerta con llave. Cojeando aún, la confitera trajo una barra de hierro que cruzó sobre la puerta de vidrio, luego se escurrió detrás de la caja y se puso a sollozar. Mme. Pignou se levantó de la silla de fórmica y fue hacia el escaparate. Allí, escondida tras las filas de huevos de pascua, miró a derecha e izquierda. La calle Henrie-Monnier estaba desierta, como todos los domingos por la tarde; sólo la joven prostituta, con el caniche debajo del brazo, se mantenía parada delante del escaparate de la confitería. Cuando descubrió a Mme. Pignou entre los huevos de pascua, lanzó con todas sus fuerzas contra la vitrina el trozo de pizza que aún le quedaba, que quedó allí pegado; Mme. Pignou sintió como un sobresalto. Tras la pizza, que se escurría por el vidrio del escaparate, la joven prostituta reía a grandes carcajadas. La confitera sollozaba cada vez más. «¡Es mi hija!» consiguió farfullar. Mme. Pignou buscó nerviosamente sus anteojos en su estuche, miró primeramente a la joven prostituta, que le hacía muecas, lamiendo con su larga lengua la pizza pegada al vidrio. Luego, Mme. Pignou, atravesando la confitería, observó los rasgos de la confitera sacudida por los sollozos detrás de la caja. Mme. Pignou sintió el sudor frío del miedo recorrerle la espina

dorsal. Volvió a sentarse en la silla de fórmica. La confitera vino hasta ella cojeando y le dijo: «¿Se siente Vd. bien, madame?»; por primera vez tomaba conciencia de la avanzada edad de Mme. Pignou y tuvo miedo de un posible infarto. Pero Mme. Pignou tenía un corazón sólido. Dijo con la máxima firmeza posible: «Estoy bien, gracias». Esto sirvió de pretexto a la confitera para ponerse a sollozar de nuevo y a la joven prostituta para empezar a pegar puñetazos y patadas en el escaparate, hasta llegar a hacer temblar los huevos de pascua expuestos en él, lo que enfureció a la confitera, que se precipitó hacia el cristal gritando «¡Cochina! ¡Cochina!» adoptando los mismos gestos que la otra, al otro lado del escaparate. Mme. Pignou sacó un pañuelo de viejo encaje de su bolso y se enjugó la frente; sobre el pañuelo quedaron motas de polvos blancos. Oyó entonces el llanto de un bebé en la trastienda, intentó alertar a la confitera, pero ni una palabra lograba salir de su boca, se había quedado completamente muda. Un bebé apareció gateando por detrás del mostrador, en un estado de suciedad indescriptible y lleno de chocolate hasta los pelos. Era una niña. Se arrastró hasta Mme. Pignou y se agarró a su falda, manchándola de chocolate. La confitera se precipitó sobre ella, abofeteándola violentamente. «Nadia, Nadia» gritaba, «¿vas a dejar de molestar a la señora?» Tomó a la peque-

ña en brazos y entró cojeando en la trastienda. La joven prostituta aplastó la mejilla contra el cristal del escaparate y se puso a llorar convulsivamente. «También es desgracia» dijo la confitera volviendo de la trastienda, «no solamente me dejó su criatura, sino que además ¡viene a hacer la calle delante de la confitería!». Mme. Pignou tosió y recobró el uso de la palabra. «¿Vd. estaba en la confitería de la esquina Rue des Martyrs y Victor-Massé?» le preguntó. La confitera se mostró sorprendida. «Estuve allí como aprendiz hasta los dieciocho años», respondió. «Me acuerdo de Vd.», dijo Mme. Pignou. «Vd. era la huerfanita de las gafas.» «¿Es Vd. del barrio?» preguntó estúpidamente la confitera. «Lo frecuentaba en otro tiempo» dijo Mme. Pignou. Miró en torno suyo los huevos de pascua colocados en apretadas hileras, sobre pequeños estantes que llegaban casi hasta el techo. Para sus ojos fatigados, todos los huevos se confundían entre sí; sacó sus gafas. En efecto, todos los huevos eran parecidos: aproximadamente quince centímetros de altura; diferían, sin embargo, en un punto: unos tenían una cinta rosa y otros una cinta azul. «El rosa es para las niñas, y el azul para los chicos» dijo la confitera, como si hubiera adivinado sus pensamientos. Mme. Pignou se llevó maquinalmente la mano a la garganta y se sacó la estrecha gargantilla de terciopelo negro que la rodeaba,

luego su mentón empolvado, y sus escasos cabellos de un blanco immaculado. Se apoyó en su bastón para levantarse y fue a mirarse en un espejo situado entre dos huevos de pascua. Permaneció así durante casi un minuto, observando la escena que ocurría ahora en la confitería, sin llegar a creerlo del todo. La joven prostituta se había puesto a mear en la acera (para hacerlo se había levantado la minifalda de lame, debajo de la cual no llevaba nada, y el pequeño caniche en tanto lamía la orina que arroyaba), la confitera había ido a buscar a la niña en la trastienda y volvía con ella en brazos. A través del espejo Mme. Pignou se dio cuenta de que la niña no estaba cubierta de chocolate, sino que era negra. Llevaba prendida una cinta rosa resplandeciente en su pelo crespo. «Fue con un negro con quien pecó» dijo la confitera, sacudiendo a la niña para que se callara. Mme. Pignou se desinteresó de la escena.

Fijó en el espejo sus propios ojos y no vio sino dos moscas sobre un huevo, se ajustó mejor las gafas, observó, y vio su catarata: el azul con tierra de siena alrededor, se confundía con el blanco de zinc y, en el centro, un pequeño punto negro. Intentó fijar el pequeño punto negro, pero fue imposible. «Me estoy haciendo vieja» dijo en voz alta. «Tiene Vd. suerte, madame» respondió la confitera de inmediato, «Vd. al menos vive en paz». Y la niña se

puso a llorar de nuevo. «Yo también hice la calle, ahora soy una vieja» dijo Mme. Pigou. La confitera no la escuchaba. Sacudía a la niña para que se callara. Mme. Pignou entrecerró los ojos, intentando reconocer en el espejo la cara altiva de otros tiempos, cuando subía y bajaba la Rue des Martyrs en busca de un hombre que le llenara la alcancía. Se acordó del último, M. Pignou, que la sacó del arroyo y le legó un pequeño apartamento de dos piezas en un quinto piso sin ascensor de Rue Houdon. Todo lo que ella había ido ahorrando entre tanto había venido a parar a su hija, que era ni más ni menos que la confitera que veía en el espejo. «¿Qué precio tiene el huevo?» preguntó. «¿Cinta azul o cinta rosa?» preguntó a su vez la confitera. «Rosa» dijo Mme. Pignou. «Rosas hay varios» dijo la confitera, «¡tenga! sosténgame esto». Y le pasó a la pequeña mulata, que se puso a llorar de nuevo. Mme. Pignou no había cogido jamás un niño en sus brazos. Se desplomó en la silla de fórmica y la apretó contra sí muy fuerte, lo que irritó a la pequeña, que empezó a arañarla cruelmente en la cara, pero el miedo a dejarla caer era demasiado fuerte en Mme. Pignou para poder reaccionar. La confitera, por su parte, había ido a la trastienda y volvía ahora con una escopeta de caza. Apuntó con ella al escaparate y disparó muchas veces, los huevos volaron hechos trizas. La joven prostituta dio un grito

y fue a esconderse detrás de un coche. «¡Se me ha escapado la muy puta!» gritó la confitera. «¡Lástima que no tenga más cartuchos!» La joven prostituta saltó de detrás del coche y lanzó un adoquín contra el cristal del escaparate, que saltó en mil pedazos. Mme. Pignou fue alcanzada en la frente por una esquirla de cristal. Apretó aún más fuerte contra sí a la pequeña Nadia, que aullaba cada vez más fuerte, y fue a esconderse detrás del mostrador, entre los sacos de harina. La pequeña, felizmente, no estaba herida, pero Mme. Pignou sangraba abundantemente por la frente. Metió la cabeza detrás del mostrador en el preciso momento en que la joven prostituta, lanzando un grito de guerra indio, penetraba en el interior de la confitería por el boquete del escaparate. Se sacó una navaja automática del escote y apuñaló salvajemente a la confitera en la garganta, que, jadeando, intentó agarrarse a los estantes, derribándolos todos sobre sí. La joven prostituta se ensañó aún en el cuerpo de la confitera, clavándole varias veces la navaja en el vientre y en la espalda; la otra acabó hundiéndose en un mar de sangre. La joven prostituta se levantó lentamente, apoyándose en el cadáver de la confitera, y se echó para atrás la mecha rubia que le caía por la frente con el revés de la mano cubierta de sangre. «¡Hala!» dijo, y escupió sobre el cadáver de la confitera, propinándole además una pa-

tada en la cara. La pequeña Nadia, a la que Mme. Pignou apretaba en sus brazos, batía palmas y se reía a mandíbula batiente. La joven prostituta se derrumbó en la silla de fórmica y se puso a sollozar, manchándose las mejillas con las manos inundadas de la sangre de la confitera. Luego cubrió el cuerpo de la confitera con sacos de harina y los regó de ron. Mme. Pignou apretaba tanto contra sí a la pequeña Nadia que tuvo miedo de asfixiarla. «Voy a salir» se oyó decir con voz firme. La joven prostituta no la oyó. Fue a buscar una caja de cerillas detrás de la caja riendo como una loca. Prendió el ron de los sacos, que echaron a arder al instante y se puso a saltar entre las llamas, lanzando gritos. Mme. Pignou recobró sus bríos juveniles, se precipitó sobre su viejo bolso de cuero negro caído en tierra, e introdujo en él a la pequeña mulata. Se dispuso a atravesar el escaparate. La joven prostituta se había convertido en una antorcha viviente que corría en todas direcciones, estrellándose contra los espejos y haciéndolos pedazos. Mme. Pignou se armó de valor y atravesó la confitería con su bolsa, en la que iba metida la pequeña Nadia bajo el brazo. A punto estuvo de caerse al tropezar con el cadáver de la confitera. Finalmente logró trepar por el escaparate, y se dejó caer al exterior. Las llamas habían alcanzado ya toda la confitería, y una inmensa humareda empezaba a extenderse

desde el interior. Arrastró algunos metros el bolso que contenía a la pequeña Nadia, se sentó sobre la acera y lo abrió. Del bolso salió una espesa nube de humo, la pequeña Nadia había muerto asfixiada. Mme. Pignou la depositó en el agua de la cuneta, que corría abundantemente. Se puso en pie, apoyándose en el parachoques de uno de los coches aparcados y se volvió para contemplar el escaparate de la confitería, cuyas llamas alcanzaban ya más de dos metros. Los vecinos salían a observar, se oían las sirenas de los bomberos. Mme. Pignou recobró su porte de antaño para recorrer los pocos metros que la separaban del incendio. Ya ante la vitrina, tuvo un momento de vacilación. Una explosión hizo volar lo poco que quedaba del escaparate. El interior de la confitería era como una marmita de chocolate hirviendo. Los cadáveres de la confitera y la joven prostituta flotaban allí en medio. Una espesa humareda salía de la trastienda. Mme. Pignou frunció los ojos, y vio en medio de la humareda la cara de su madre, lavandera del Canal St.-Martin, a la que no había podido conocer. Vio la cara de su madre como en un medallón, tal como siempre se la había imaginado. Los bomberos detenían sus coches delante de la confitería. Mme. Pignou continuó su camino, llegó a la esquina de la Rue Frochot y se volvió. El fuego se había extendido a todo el edificio, había heridos graves;

intentaban reanimar a la pequeña Nadia con un balón de oxígeno. Mme. Pignou sacó sus gafas para ver la escena más de cerca. Los cadáveres de la confitera y la joven prostituta habían sido colocados en sendas camillas y subidos a una ambulancia. En cuanto a la pequeña Nadia, el equipo de médicos se esforzaba por salvarla, los vecinos se precipitaban a ofrecer su sangre. Mme. Pignou recogió su bolso, dejó caer las gafas. Subió trabajosamente la Rue Frochot, toda llena de moretones, su viejo vestido negro hecho jirones, un chichón en la frente, y la cara cubierta de sangre. Al llegar a Place Pigalle, fue a refrescarse la cara en la fuente. La vendedora de periódicos del domingo vino a ver qué le ocurría, y le gruñó: «Otra vez ha vuelto a caerse en la cuneta, Mme. Pignou ¡es usted incorregible!» Mme. Pignou sacudió la cabeza de izquierda a derecha, y señaló con mano temblorosa la columna de humo que se veía salir del comienzo de Rue Frochot; la vendedora de periódicos, lanzando un grito, se dirigió corriendo al lugar del siniestro. Varios coches de bomberos llegaban de Place Clichy. «No es verdad» se dijo Mme. Pignou. Recogió del suelo su huevo de pascua, que se le había caído, y subió hacia su casa, un quinto piso de la Rue Houdon. Se sentó a la mesa y devoró el huevo en tres minutos.

LA CRIADA

La rata sacó el hocico del bolsillo de la americana grisácea y se sacudió los bigotes; oyó los pasos del propietario de la americana, M. Alphand, que entraba en la biblioteca furioso, golpeando con su bastón el respaldo de la silla donde se hallaba colgada la americana; la rata lanzó un chillido y corrió a esconderse entre los libros. M. Alphand apuntó hacia la rata con su bastón y la recriminó en francés. La rata empezó a lanzar pequeños chillidos y se puso a saltar por las estanterías, tirando al suelo dos gruesos volúmenes de pergamino. La rata había tomado posesión de la biblioteca de M. Alphand, pero Alphand no se atrevía a llamar al servicio de desratización del distrito 14 porque su criada había amenazado con despedirse si echaba a la rata, a la que había tomado un gran afecto. La criada vino a ver lo que pasaba; M. Alphand tem-

blaba de ira, la rata le había roído un trozo de la miniatura sobre la que trabajaba en aquel momento. M. Alphand pintaba pequeñas miniaturas de inspiración persa que luego vendía en la galería de unos amigos suyos. La precisión de su pincel había llegado a hacerse célebre al cabo de sesenta años de esfuerzos. Fue por estas fechas cuando la criada, a la que nunca en su vida había mirado, le propuso casarse con ella. Él rehusó lo más cortésmente que pudo, arguyendo que a su edad, etcétera. Desde entonces la criada le odiaba. Le ponía polvos de estornudar en las acuarelas, y lo trataba de impotente delante de su único amigo, Tommi Panthor, otro célebre miniaturista de los años locos de Montparnasse. Tommi, desde hacía algunos meses, encontraba siempre las más vulgares excusas para dejar de acudir a la partida de ajedrez que solían celebrar los jueves por la noche. Un día, la criada llegó a casa con una rata metida en la cesta de la compra, diciendo que se trataba de una rata huérfana que había encontrado a la puerta de casa. La rata, durante algunas semanas, se quedó tranquila en el interior de la cocina, luego empezó a tomar la costumbre de deslizarse en la biblioteca, que M. Alphand mantenía siempre en el más estricto orden; conocía el emplazamiento exacto de cada uno de los libros antiguos, y sus páginas se hallaban grabadas en su memoria de

manera indeleble; era capaz de recordar el lugar exacto de un libro que no había abierto desde hacía al menos treinta años, y de la página exacta de donde podía extraer una inspiración. Desde la llegada de la rata aquello había empezado a convertirse en un infierno. Le arrancaba páginas para roerlas, o bien hacía bolas con ellas que había que tirar a la basura. La criada dijo a M. Alphand: «¡Es culpa suya! ¡No deje tiradas sus miniaturas por todas partes!» M. Alphand ni siquiera se tomó el trabajo de responder. La sirvienta tomó a la rata en brazos y dijo: «¡Es la hora de darle el biberón!» Salió de la biblioteca dando un portazo y se encerró en la cocina, otro portazo. M. Alphand empezó a dar gritos histéricos, a darse cabezazos contra las estanterías, e incluso a arrancarse los cabellos. Cuando por fin se calmó se dijo que ya era hora de tomar una decisión. Descolgó su viejo teléfono de trompetilla y marcó con dedo tembloroso el número de su viejo amigo Tommi Panthor, quien descolgó su propio teléfono con mano temblorosa. La única persona que a veces lo llamaba era Julien Alphand, y siempre para crearle engorros. La criada, al oír el clic del teléfono, dejó a la rata con su biberón sobre la mesa de la cocina y atravesó el pasillo de puntillas para ir a pegar la oreja a la puerta de la biblioteca. «Necesito tu ayuda» susurraba M. Alphand al teléfono,

«¡es preciso que me dejes mudarme a tu casa!» Tommi Panthor se sobresaltó. En su apartamento de tres habitaciones de la Rue Vavin, nadie aparte de él había entrado en los últimos diez años. «¿Es verdaderamente necesario?» preguntó, «La rata ha dado un mordisco a mi miniatura» susurró Julien Alphanand. Tommi Panthor estaba ya más que harto de los problemas de Julien, siempre de orden absolutamente imaginario. «Creo que eso no es razón suficiente» replicó, y colgó. M. Alphanand se quedó tan totalmente sorprendido de la respuesta, que quedó por un momento suspenso, con el auricular en la mano. Nada más colgar, el teléfono sonó de nuevo, «¿De qué rata se trata?» le gritó, de mal humor, Tommi Panthor desde el otro lado del hilo. «¡Tú sabes muy bien que tengo una rata en mi biblioteca!» Tommi jamás había podido creer la historia de la rata de Julien. Sabía que empezaba ya a chochar. Hacía algún tiempo que apenas prestaba atención al juego, cuando echaban la partida de ajedrez; se pasaba horas y horas meditando la jugada, y luego movía, por ejemplo, la torre blanca cuando sus fichas eran negras, etc., lo que hacía montar en cólera a Tommi Panthor; hasta que Tommi prefirió quedarse en casa los jueves para oír los conciertos de la radio, odiando además como odiaba a la criada de Julien, una vieja sucia y repulsiva, que tenía la costumbre de rascarse la

cabeza mientras servía unos espaguetis sin sal y siempre pegados al fondo de una cazuela ya de por sí calcinada. En su juventud había sido bella, no una belleza llamativa, pero había llegado a tener una cierta fama en la *Coupole*, donde aún podía vérsela reproducida desnuda, vestida de odalisca persa, en una de las columnas pintadas por un joven de la época, imbécil a más no poder, que le pagaba así sus servicios. La criada conservaba aún la costumbre de ir a sentarse los jueves (entonces el día de moda) a tomarse un pastís en la *Coupole* a mediodía, frente a su desnudo juvenil, vestida con la única ropa que poseía, un viejo vestido de blonda negra bastante *évasée*, que dejaba ver sus botines de cordones, y un renard apolillado sobre sus hombros, siempre el mismo. Decía siempre buenos días a Jean-Paul Sartre y a Simone de Beauvoir que se sentaban enfrente suyo, bajo el desnudo, y éstos le respondían con un movimiento de cabeza; luego, Simone de Beauvoir continuaba leyendo en voz alta y a toda prisa los periódicos, mientras Sartre mojaba su croissant en una taza de café y reía. La criada aprovechaba para oír las noticias del día, pero como creía que eran las de la semana, no se enteraba de gran cosa. En varias ocasiones había sugerido a M. Alphand (que no tenía ni radio ni tele) incluir en su presupuesto el precio de un periódico, pero él siempre se había negado a ello.

Tomaba su pastís mientras fantaseaba, aprobaba con la cabeza cada vez que Sartre golpeaba la mesa, y pagaba su pastís con los cinco francos con sesenta que M. Alphand le daba cada jueves por la mañana, debiendo luego llevarle el ticket. Tommi Panthor se dijo que, después de todo, no era raro que Julien se hubiera vuelto loco: ¡viviendo con una mujer semejante! La criada dio un portazo al entrar en la cocina, lo que hizo comprender a M. Alphand que había escuchado toda la conversación. Pensó que no podía contar con la colaboración de aquel viejo cobarde de Tommi Panthor. Se enfiló entonces su chaqueta gris, cruzó el pasillo, y golpeó con el pomo de su bastón en la puerta de la cocina. La criada gritó: «¿Quién es?» «Soy yo» gritó a su vez M. Alphand, «¡sólo dos palabras!» Abrió la puerta de la cocina y un fuerte olor de coliflor le dio en la cara. La criada se hallaba sentada en una silla de fórmica, con la rata en sus rodillas, a la que hacía eructar. Sobre la mesa de la cocina, un tren eléctrico, el juguete preferido de la rata, corría a toda velocidad. La criada se lo había comprado a plazos en Navidad. La rata saltó sobre uno de los vagones y lanzaba grititos cada vez que cruzaba ante una estación, lo que notaba por los cambios de luz en el semáforo. La criada le gritó a M. Alphand: «¡No se ha limpiado los pies antes de entrar en la cocina!» M. Alphand lo hizo sin

decir palabra. «Tome asiento» le gritó ella, y M. Alphand se sentó en otra silla de fórmica, apretando nerviosamente con la mano derecha el pomo de su bastón. «Le estoy preparando pasta» le gritó ella, que tenía costumbre de gritarle como si fuera sordo, aunque M. Alphand oía perfectamente. «La coliflor es para la rata.» La criada preparaba platos extremadamente elaborados para la rata; M. Alphand sólo tenía derecho a pasta, siempre la misma, y demasiado hervida, o incluso quemada, lo que era motivo de continuas disputas. Además, se veía forzado a comer en el escritorio de la biblioteca, habiendo instalado la criada una especie de Belén sobre la mesa del comedor, hecho de figuritas de plomo, de las que había robado más de un millar en el supermercado, y en medio del cual dormía la rata en una cuna destinada sin duda a un gato peripatético, toda ella forrada de satén rosa. «¡Está usted despedida !» se puso a gritar M. Alphand en el momento mismo en que el teléfono comenzaba a sonar. Cruzó el pasillo, dando un portazo a la puerta de la cocina, y fue a coger el auricular a la biblioteca, dejando la puerta abierta. La voz de Tommi Panthor le dijo, con la voz más tranquila del mundo: «Deberías cambiar de criada, Julien. Haz como yo, tengo una portuguesa que me viene una vez por semana a pasar la gamuza y el aspirador, limpiar la cocina y el cuarto de

baño, el resto lo hago yo, y le encargo a la portera que me haga las compras». Mientras tanto, la criada había entrado en la biblioteca con una cacerola de patatas, cuyas peladuras iba dejando caer sobre los tapices persas. La rata había venido tras ella, dando saltitos, y se dedicaba a comer las peladuras, mezclándolas primero con sus cagarrutas. «Yo jamás dejo entrar a nadie en mi biblioteca» continuaba Tommi Panthor por teléfono, «ahí soy siempre yo quien pasa la gamuza ¡hasta me subo a una escalera para hacerlo! Por cierto, estaría bien que me devolvieras mi incunable de Boulaï-Tamari, querría ver de nuevo con detenimiento el dibujo de la torre de Babel que ilustra la página dieciséis». «Vuelvo a llamarte de nuevo dentro de un rato» dijo Julien, y colgó. Se puso de pie detrás de su escritorio y dijo con voz firme: «¿No me ha oído usted? ¡Está usted despedida! ¡Vaya a hacer sus maletas!» La criada dejó la cazuela en el suelo, cogió a la rata en sus brazos, acariciándole la nuca para tranquilizarla. Un par de gruesos lagrimones surcaban su maquillaje, ya de una semana, y que sólo renovaba los jueves, para ir a la *Coupole*. «¿De verdad me echa usted a la calle, M. Alphand?» dijo con voz dulce, «¿adonde voy a ir? En todo caso tendrá que darme dinero» murmuró ella. «No le daré ni cinco ¿me entiende? ¡Se irá con lo mismo que trajo el día que llegó!» El teléfono empezó

a sonar de nuevo. Tommi Panthor gritaba furioso, al otro lado del hilo: «¡Me has colgado en mis mismas narices! ¡Con lo que cuesta cada llamada!» Julien dejó el auricular sobre la mesa, sabía que cuando Tommi montaba en cólera, la cosa podía durar cinco minutos. «Le daré algunos luises de oro, Ginette» le dijo a la criada; sacó algunos de un cajón de su escritorio, los introdujo en un sobre y se los dio con mano firme. «Gracias, M. Alphand» dijo la criada, y salió de la biblioteca, cerrando la puerta suavemente. La rata, sin embargo, se había quedado royendo el hilo del teléfono. M. Alphand se precipitó sobre ella amenazándola con el bastón. La rata dio unas cuantas piruetas en el aire y fue a esconderse en una estantería, pero ya había conseguido cortar el hilo del auricular, donde la voz de Tommi Panthor había quedado cortada en seco. La rabia de M. Alphand lo cegó por completo. Se puso a perseguir a la rata que trotaba entre los libros, intentando darle con el bastón, pero ésta se escurría de tal manera que no consiguió propinarle un solo golpe. En su persecución, M. Alphand tiró al suelo casi la mitad de sus libros. Se sepultó en la butaca y empezó a arrancarse los cabellos de rabia y a dar aullidos. La criada observaba por el agujero de la cerradura. Vio a la rata posarse en el respaldo de la butaca de M. Alphand, sin que éste se diera cuenta, saltar luego

rápidamente sobre él y morderle la oreja. Antes de que M. Alphanth lograra reaccionar, la rata dio un brinco, se deslizó entre las dos hojas de la puerta, que no cerraban bien, y fue a refugiarse en brazos de la criada, temblando de miedo. M. Alphanth, por su parte, emitía una especie de grito sostenido, e intentando apoyarse en uno de los estantes, tiró la estantería entera, cayendo al suelo en medio de un montón de libros. La criada se alejó por el pasillo, de puntillas, apretando a la rata contra su pecho, volvió a la cocina, y cerró la puerta, esperando que M. Alphanth se calmara. Abrió el sobre que éste le había dado y encontró dos luises de oro. Pensó que con ellos podía muy bien pagarse una cena en la *Coupoie* con la rata. Sacó del aparador su «noir de Chine» de Jouvency, y se retocó los ojos de la manera habitual, sin tener siquiera que mirarse al espejo para hacerlo. Le puso a la rata un pequeño lazo rosa en el cuello, se secó las manos en el viejo delantal, que dobló y colocó en el aparador. Aprovecharía la ocasión para presentarle la rata a Sartre y a Simone de Beauvoir; esto le permitiría establecer con ellos nuevos lazos de amistad, después de todo el tiempo que venían encontrándose en los mismos lugares. Allá por los años cuarenta, la criada solía ir a tomar el aperitivo al *Flore*, mientras Simone y Sartre escribían en la mesa de enfrente, la saludaban siempre con la ca-

beza. Un día, se había armado de valor y había ido a sentarse a su mesa para pedirles que le escribieran canciones existencialistas. Sartre y Simone de Beauvoir se habían excusado con mucha educación, y continuaron saludándola con la cabeza. Pero, en la imaginación de la criada (que quizás estaba en lo cierto), Sartre y Simone eran las únicas personas que se interesaban un poco por ella. M, Alphant se había calmado; escuchaba un disco de Wagner, sentado en la butaca de la biblioteca. La criada salió de la cocina de puntillas y subió la escalera hasta su habitación, en el sexto piso, con la rata trotando detrás suyo, sacó su maleta de cartón de debajo de la cama, y metió en ella sus viejos cachivaches y los juguetes de la rata. Peinó los bigotes de la rata con gomina, la metió en su viejo bolso negro, dejándolo abierto para que pudiera respirar y llenándolo de golosinas para que se estuviera tranquila, cogió su maleta en una mano y su bolso en la otra, bajó las escaleras, y se detuvo en el segundo piso. Hizo un gesto de silencio a la rata y avanzó sigilosamente por el pasillo del apartamento, con la rata siguiéndola en silencio. M. Alphant había logrado reparar el cable del teléfono e insultaba a Tommi Panthor, tratándolo de viejo cobarde. La criada se deslizó como una sombra hacia la cocina sin luz y tomó del aparador el viejo cuchillo. La rata saltó al interior de la bi-

biblioteca, brincó sobre M. Alphant y le mordió la nariz, lo que le hizo dar un gran chillido. M. Alphant cerró los ojos y golpeó en el aire con su bastón. Tommi Panthor gritaba «¿Aló? ¿Aló?», desde el otro extremo de la línea, pensando que su viejo amigo se había vuelto loco. La criada entró justo en el momento en que Julien abría de nuevo los ojos. Avanzaba blandiendo el cuchillo; apenas tuvo tiempo de reaccionar, cuando ya tenía la garganta cercenada, mientras la rata se ensañaba con su nuca. Se desplomó sobre el escritorio, agarrándose, como a algo firme, a su pequeña miniatura inacabada. La criada tomó el teléfono, donde seguía oyéndose la voz de Tommi Panthor que gritaba «¿Aló? ¿Aló?» «¿Es usted M. Panthor?» preguntó la criada. «M. Julien Alphant se ha ausentado». Tommi Panthor comprendió que había ocurrido lo peor. Colgó el teléfono y se puso su viejo traje negro, diciéndose que era su deber ocuparse de los funerales de Julien. La criada, entretanto, rociaba de gasolina el cadáver de M. Alphant y le prendía fuego. Al momento la biblioteca se convirtió en una gran hoguera. Tomó de nuevo su maleta y su viejo bolso, al que la rata saltó con presteza. Cerró la puerta con llave, bajó los dos pisos, atravesó Campagne–Première y torció a la derecha por Boulevard Montparnasse.

Era sábado por la tarde y la calle estaba llena

de gente. Al cruzar por Boulevard Raspail, la criada se dio cuenta de que era más de medianoche. Se preguntó si no sería quizás un poco tarde para lograr ver a Sartre y Simone de Beauvoir. Tal vez podría pedirle a M. Laffont, el dueño de la *Coupole* quedarse a dormir en su mesa hasta la hora del aperitivo, cuando estaba segura de poder encontrarlos. Les explicaría su caso, ellos le habían demostrado siempre una extremada deferencia, sobre todo Simone de Beauvoir, que un día le había dado un prospecto en el mercado de Aligre.

Entró en la *Coupole*, alguien le sostuvo la puerta, y tardó casi quince minutos en poder llevar su maleta hasta el lugar donde se hallaba el fresco de la odalisca, tan lleno de gente estaba. Dejó la maleta en el pasillo y se sentó en su sitio. Abrió discretamente el bolso y le mostró con un dedo a la rata su fresco de odalisca sobre la columna. Una mujer próxima a su mesa lanzó un grito, un joven dejó caer al suelo un plato, otro se arrojó sobre el bolso, la rata saltó y se puso a correr bajo las mesas. La gente se subía a las mesas chillando sin parar; la rata, enloquecida, corría por encima de las mesas, mordiendo las rodillas de las mujeres. Finalmente uno de los jefes de camareros le arrojó un cuchillo, y la rata quedó clavada en una mesa, dando aullidos; la criada intentó abrirse paso entre la gente, mientras la rata era tirada a la basura, pero

fue expulsada rápidamente por dos camareros, que le impidieron así hacer nada. Se volvió para echar una última mirada a su desnudo juvenil, se apoyó en el respaldo de una silla, y empezó a sumergirse en la última oscuridad.

UNA LANGOSTA PARA DOS

Marina sacudió sus trenzas pelirrojas al salir del agua con su hijo de tres años, Ludovic, que había estado a punto de ahogarse. Lo había salvado otro niño, tirando de él por un pie; la madre del pequeño salvador se acercó corriendo, y las dos mujeres empezaron a parlotear. La otra madre se llamaba Françoise, era francesa y morena. Las dos esperaban a sus maridos, que tenían que llegar a Palma al día siguiente en un charter. El pequeño François, el hijo de Françoise, moreno y bronceado como un indio, se puso a mear sobre el pequeño Ludovic. Las dos madres se precipitaron riendo, los lavaron a ambos en las olas, y los metieron en un barquito hinchable, dejándolos en él a su aire, mientras ellas iban a tomarse un oporto a la cafetería. Nada más sentarse, un español muy peludo se les acercó y les cantó algo en flamenco; ellas le

dieron unas pesetas. Se alojaban por casualidad en el mismo hotel, el *Palma*. Decidieron acostar temprano a los niños y salir juntas por la noche. Los niños quedaron acostados juntos en la habitación de Marina, que tenía una cama más espaciosa; tan pronto ellas apagaron la luz y se marcharon, el pequeño François se puso a zurrarle al pequeño Ludovic con su paleta de playa; Ludovic se puso a llorar, pero su mamá no estaba ya allí, estaba en aquel momento mirándose sus rojas trenzas en un espejo del hall, mientras Françoise llamaba una calesa. El pequeño Ludovic intentó esconderse bajo la almohada. El otro se puso a pegarle furiosamente en las piernas con la paleta. Entre tanto, las dos flamantes amigas se subían a una vieja calesa y empezaban su recorrido nocturno por Palma. «¿Eres feliz?» preguntó Françoise. Marina suspiró. Oía el rumor de la mar, sentía el fuerte olor de las palmeras, y se sentía, en efecto, completamente feliz en aquel momento. Apretó con fuerza la mano de Françoise. «Si no fuera que mi marido es homosexual» suspiró. «El mío también» dijo Françoise. El conductor de la calesa era un viejo delgado. Se quedó dormido. El caballo también; marchaba por la vieja rambla de manera maquinal. Françoise apretó más fuerte la mano de Marina, y vio por el rabillo del ojo el brillo de una lágrima al pasar ante una farola. «Pero lo amo, así y todo» suspiró

Marina. «Yo también» dijo Françoise con voz más firme. El caballo se detuvo en seco, y se puso a pastar entre las violetas de la rambla. El viejo cale-sero se despertó y le dio un buen golpe de fusta, el caballo empezó a trotar de nuevo, masticando las violetas. Entre tanto, el pequeño Françoise le abría la cabeza de un paletazo al pequeño Ludovic, que empezaba a gemir en medio de la cama, perdiendo sangre por la nariz. François le metió el mango de la paleta por el ano y se puso a saltar sobre él; Françoise entre tanto, apretaba la mano de Marina. Le confesaba en voz baja: «Quería tener un hijo mío, para mí sola, soy lesbiana». El caballo se detuvo por sí solo delante de la *Hostería Azul*. Le pagaron al flaco cochero, medio dormido aún, con un fajo de pesetas, y entraron en el restaurante. El maitre las colocó en una mesa tranquila, donde siguieron hablando con franqueza de sus vidas, delante de una langosta para dos.

LAS VIEJAS TRAVESTÍS

«Mimí, atiende, hay un negro que nos mira» dijo Gigí. Eran dos viejas travestís con pelucas rubias que hacían la calle por la acera de Rue des Abbesses. El hecho de vestirse como si fueran gemelas les conservaba una cierta clientela, a pesar de sus sesenta años bien cumplidos. Mimí, que era muy miope, gritó «¿Vienes, querido?», dirigiéndose a una farola. Gigí lanzó una carcajada. «Eres la maricona más bruta que he visto nunca» dijo desternillándose de risa. El príncipe Koulotô sacó una petaca de oro del bolsillo interior de su gabardina blanca, extrajo un Kool, y lo encendió con su mechero de laca china. «¿Te vienes, pues, querido?» se pusieron a chillar las dos travestís desde el otro lado de la calle, haciendo restallar sus látigos sobre la acera. El Príncipe Koulotô, tras haber encendido su cigarrillo, atravesó la calle y fue a in-

clinarse ante ellas. «¡Yo querer ofreceros mi reino!» Y sacó de su billetera de cocodrilo verde una tarjeta dorada en la que se hallaba escrito su nombre con gruesos caracteres, sobrevolado por una corona. «¡Vosotras, mujeres más bellas universo!» añadió, inclinándose hasta casi tocar el suelo con la frente. Gigí le dio un codazo a su amiga. «¿Has oído eso?» dijo. «¿Cuánto pagas por hacerte azotar por las gemelas rubias?» le gritó Mimí, haciendo chasquear su fusta. «Yo amor sincero» dijo el Príncipe, cruzando las manos sobre el pecho y poniéndose de rodillas. Gigí le largó un fustazo a su panamá blanco, que cayó a la calzada. «Entonces ¿te gustan mis tetas, querido?» dijo Mimí, desabrochándose su corsé de cuero y dejando ver sus grandes prótesis de parafina. Gigí le sacó la billetera del bolsillo interior; un taco de billetes de quinientos francos rodó por la acera. Las dos viejas travestís se precipitaron a recogerlos, los metieron en uno de sus bolsos y corrieron hasta la esquina de la Rue des Martyrs. Una vez allí, miraron hacia atrás. El Príncipe Koulotô permanecía inmóvil en el mismo sitio, bajo la luz de la farola. «Está lelo» dijo Gigí; y se pusieron a contar los billetes de quinientos francos. Había un centenar. «¡Es una millonaria!» gritó Mimí. Y se volvieron corriendo hacia Koulotô. «Estamos enamoradísimas, ¿sabes?» dijo Mimí. Le tomaron cada una por un brazo y

lo ayudaron a levantarse; lo arrastraron hasta Rue des Martyrs, haciéndolo subir uno a uno los escalones de su edificio, hasta un quinto piso, donde tenían alquilado un destartado apartamento de dos piezas. Todo el suelo estaba recubierto de pieles de cabra. Koulotô se dijo que nunca en su vida había encontrado unas mujeres tan encantadoras. Había desembarcado en Orly a las cuatro de la mañana y había alquilado un Cadillac blanco para precipitarse hacia Pigalle, que él consideraba el centro del mundo. Y había tropezado con las dos viejas travestís, que eran las últimas que estaban haciendo aún la calle por no haber encontrado clientela. Quedó inmediatamente prendado de sus vestidos de cuero y sus gafas de brillantes; paró el Cadillac en la esquina de Rue des Martyrs y se acercó a ellas tímidamente. El modo como lo habían tratado no le chocó lo más mínimo; encontraba a los dos travestís adorables y se puso caliente de inmediato. Mimí lo acostó sobre las pieles de cabra del suelo, le abrió la bragueta y le mordió el sexo, mientras Gigí se quitaba las bragas y le frotaba el suyo contra la cara. El olor de pachulí de Gigí le hizo dar vueltas la cabeza. Eyaculó hundiendo la cara entre las piernas de Gigí, que le orinó en la boca; Mimí le mordió al mismo tiempo los testículos hasta hacerle llorar; el Príncipe eyaculó por segunda vez, sollozando, mientras Gigí le

arrancaba su reloj de pulsera de oro y Mimí le registraba los bolsillos, donde encontró una postal de Koulatäi: un lago en el que se reflejaban las trescientas sesenta y tres torres del palacio del Príncipe Koulotô, en pleno centro de África. Las viejas travestís se miraron entre sí. Después de sesenta años de humillaciones (o casi), habían encontrado al fin el hombre de sus vidas. Se besaron diez veces en las dos mejillas y se pusieron a bailar una java al son de un viejo disco de Yvette Horner. Koulotô, que nunca había visto bailar a mujeres blancas de carne y hueso, creyó morir de asombro. Se abrochó la bragueta y preguntó: «¿Cuarto baño?» «¡Hala a bañarte!» rió Gigí, mientras Mimí le empujaba hacia el interior de su minúscula cocina, donde Koulotô pudo lavarse la cara y el sexo con la ayuda de un paño de cocina que apestaba a moho, pero que él tomó por el colmo del refinamiento en materia de cosmética parisién. Entre tanto, las travestís bajaban sus maletas de cartón de encima del armario y metían dentro todos sus cachivaches gemelos: dos pares de botas de tacón de aguja en plástico dorado, dos pares de pantuflas totalmente gastadas, unos cuantos pares de medias de malla desparejados, dos petos de cuero con agujeros para dejar ver los senos, dos minifaldas de esponja color naranja y dos pantis de piel de cebra sintética. Mimí metió en su maleta los cosméticos y las hor-

monas y Gigí las cosas de aseo en la suya: un cepillo de dientes común, una piedra pómez, una vieja pera de lavajes y pegamento dental para las dentaduras postizas, que al mismo tiempo les servía como lubricante para el ano. El Príncipe Koulotô se inclinó para recoger las dos maletas y salió al pasillo, mientras las dos viejas travestís se dedicaban a romper todo lo que quedaba en el apartamento. Destriparon los colchones, hicieron trizas el espejo del armario, arrojaron la mesita de noche por la ventana, y dejaron abierto el gas y los grifos del agua. Luego se colocaron sus impermeables de piel de pantera sintética y bajaron las escaleras del inmueble, ante los vecinos que, despertados por el escándalo, se agolpaban en los rellanos. A menudo les habían causado molestias, debido a lo especial de su clientela, pero esta vez no se atrevieron a insultarlas como habían hecho otras veces, a la vista del negro que las seguía: un gigante de casi dos metros, bello como un dios. Mme. Pignou, en camisón, susurró a su vecina de escalera: «¡Si es el Príncipe Koulotô!» Había visto su foto en un vespertino. Descendiente de la Reina de Saba, por parte de madre, tenía fama de poseer el rostro más perfecto de toda la raza negra. La gracia de su sonrisa y su mirada de gacela volvían locas a las lectoras de revistas del corazón del mundo entero, desde que había entrado en pose-

sión de la más fabulosa fortuna de la tierra. Era el jefe espiritual de doscientos millones de almas extremadamente piadosas que, cada viernes, le regalaban su peso en diamantes, y un pájaro de papel, emblema de su dinastía.

El Príncipe Koulotô abrió el portamaletas del Cadillac blanco donde metió las dos maletas de cartón; abrió luego la puerta trasera a las dos viejas travestís y se sentó en el lugar del conductor. De inmediato, corrieron rumbo a Orly, atravesando el París desierto de las cinco de la madrugada. Las dos viejas travestís, que hacía siglos que no salían de Pigalle, lanzaban gritos de alegría cada vez que veían un monumento. Koulotô estaba radiante de alegría. Una vieja leyenda africana decía que el dios del Universo Futuro nacería de la coyunda de un rey negro y dos mujeres idénticas de cabellos rubios, que tendrían pene y que llegarían a su reino en un pájaro metálico. En Orly, un avión construido en forma de ave del paraíso, sutilmente pintado por los más grandes artistas del reino Koulotô, resplandecía bajo el primer sol de la mañana, con los motores ya en marcha. Las dos viejas travestís aplaudieron y se pusieron a bailar de alegría en la misma pista de aterrizaje, ante la mirada de asombro de la tripulación, compuesta por eunucos vestidos con túnicas de pluma blancas. Una joven impúber, negra como el ébano, des-

cendió completamente desnuda la escalera del avión, con un brillante grande como un puño en cada mano; dio unos pasos de danza extremadamente graciosos y tendió un brillante a cada una de las travestís; ellas los metieron en sus viejos bolsos de lona encerada. A continuación, toda la corte entró en el avión, los dos travestís a la cabeza, cantando: «Il est cocu, le chef de gare!» Los indígenas acompañaban el estribillo con su acento melodioso. La puerta del ave del paraíso se cerró y el «Concorde» despegó. La Corte del Príncipe Koulotô respiró al fin, viendo, por primera vez desde su ascensión al trono, brillar el sol de la felicidad en la imberbe cara de su jefe espiritual, mientras las viejas travestís se ponían moradas de champán y se metían una a la otra los cuellos de las botellas en el culo, saltando sobre los respaldos de los asientos. Y cuando, completamente mareadas, se pusieron a vomitar, los eunucos las acostaron en dos divanes recubiertos de piel de nutria negra. Mimi, con el vientre sobresaltado por tantas emociones, se cagó. Los eunucos la perfumaron con incienso; el Príncipe Koulotô la cubrió de besos mientras ella roncaba como un loro. Gigi, en cambio, reía en sus sueños como una loca. Una hora antes de llegar al aeropuerto del reino, los eunucos despertaron a las dos viejas travestís, para colocarles dos hermosos vestidos recamados de per-

las negras que llegaban hasta el suelo, con rubíes en la parte de los senos. Ellas se echaron a reír al verse en el espejo del lavabo. El Príncipe Koulotô abrió la puerta y pisó el primero la inmensa escalera del avión, toda ella tapizada de piel de visón blanco. Afuera, una muchedumbre imposible de abarcar con la vista aguardaba desde la noche anterior, esperando la llegada de las dos travestís anunciada a todo el país por las radios de transistores. Trescientos sesenta y tres elefantes, pintados de mil colores, arrodillados al principio de la pista, esperaban. Cada uno de ellos llevaba encima una palmera rosa, con un joven negro colgado de ella en posición artística, mostrando una banana rosa en la mano. El Príncipe Koulotô, que se había puesto una chilaba de lino blanco y un turbante del mismo color, se inclinó ante las dos travestís que, locas de alegría, se pusieron a cantar la *Marsellesa*. Koulotô tomó a cada una de un brazo y bajó la escalera del «Concorde», aclamado por la multitud indígena. Gigí y Mimí ingresaron así, con gran naturalidad, en el destino de su sueño común, que habían presagiado desde siempre.

EL ESCRITOR

«¡Gracias a Dios!» se dijo el escritor, «¡hoy puedo comer!»

Uno de sus hijos, el abogado, había venido a verlo. Impresionado por la extremada miseria de su padre, al que no había visto desde hacía treinta años, le había dejado cincuenta francos, prometiendo enviarle todos los principios de mes un cheque de 1.000 francos, pensando que tanto daba si su mujer se quedaba sin la segadora de césped de sus sueños.

El escritor había sido farmacéutico hasta la edad de cincuenta años. El día de su aniversario, abandonó la farmacia muy temprano, sin decir adiós a su mujer, ni a sus hijos. Tenía cuatro: la mayor (la única hija) era dentista; el segundo, un barbudo muy alto, médico. El tercero había salido mongólico y lo habían colocado en una casa de

beneficencia. En cuanto al pequeño, había obtenido su diploma de abogado el mismo día de la marcha de su padre. A pesar de ello, el escritor no se había acordado hasta ese día de su existencia.

El viejo había abierto la puerta de su apartamento de dos piezas de la Rue Houdon, y había mirado con desconfianza al hombre que tenía frente a sí. Creyó al principio que se trataba del cobrador del gas, que llevaba ya tres meses sin pagar. «Soy tu hijo» dijo el abogado con voz firme. El escritor pensó que se trataba de su otro hijo, el médico, a quien detestaba, y le replicó «¡No necesito nada!» cerrando la puerta de golpe. El abogado deslizó un billete de diez francos por debajo de la puerta. Esto le hizo la boca agua al viejo, que abrió y lo dejó entrar. «Esto no está muy limpio» dijo el escritor. Un amasijo de manuscritos se hallaban tirados en montones por el suelo, y había que deslizarse entre los pergaminos, escritos con pluma de oca, para conseguir sentarse en el viejo butacón del apartamento.

«Mamá ha muerto» dijo el abogado. El escritor tosió. «Queríamos que vinieras al entierro.» El escritor tosió por segunda vez y pretendió convencerlo de que no salía nunca. Explicó a este respecto una confusa historia, de la que se deducía que su editor esperaba con toda urgencia su manuscrito, y rogó al abogado que se fuera. Fue en

el umbral de la puerta donde el hijo, conmovido, y con los ojos arrasados en lágrimas bajo los anteojos, le tendió los cincuenta francos y le prometió el cheque mensual. El escritor cerró la puerta y se frotó las manos. Con los 60 francos (10 + 50) podría invitar a cenar a Mme. Pignou, su vecina de escalera, una viuda más bien rolliza. Se peinó el pelo con gomina y fue a llamar a su puerta. Ella estaba ya lista: con la oreja pegada al tabique, había podido oírlo todo. Se puso encima su viejo renard y salieron los dos, en dirección a Pigalle. Había cantidad de gente. Miraron los precios de los restaurantes: no había platos de menos de veinte francos. Se fueron pues a comer un *Mac Donald* regado con cerveza; esto hizo diecisiete francos con cincuenta céntimos, que el escritor pagó de buena gana, alargando los billetes con una mano y palmeando las nalgas de Mme. Pignou con la otra.

Luego compraron una botella de Mosela, volvieron hacia Rue Houdon y subieron la escalera hasta el segundo piso, donde Mme. Pignou abrió coquetamente su apartamento de dos piezas e invitó al escritor a entrar. Nunca había entrado antes en casa de Mme. Pignou, y quedó confundido. Todo allí estaba limpio y reluciente. Ella coleccionaba teteras, y las piezas de la colección se hallaban expuestas por las paredes. El escritor pensó que nunca podría invitar a Mme. Pignou a

su apartamento, en el estado en que se hallaba. Se sentó.

Mme. Pignou empezó a desvestirse con lentitud, descubriendo primero sus redondas y pesadas nalgas que, por primera vez en diez años, se la pusieron tiesa al escritor. Se acordó de su esposa, una delgaducha. Mme. Pignou se quitó su corsé, cayéndole los senos casi hasta la cintura. El escritor se sacó el cacharro de la bragueta y empezó a masturbarse. El té estaba a punto de ponerse a hervir: reajustándose el liguero, Mme. Pignou se precipitó hacia la cocina. El escritor se había corrido. Se metió de nuevo el cacharro en la bragueta y se olvidó de cerrarla. Mientras Mme. Pignou servía el té, se deslizó furtivamente hacia el descansillo y entró de nuevo en su casa. Buscó nerviosamente su pluma de oca: había tenido una idea para su próxima novela, y se había olvidado ya por completo de su hijo y de Mme. Pignou.

El uruguayo

PRESENTACIÓN *

Escribir es cada vez menos costoso, el papel es más feo pero más barato, ya no es necesario comprar tinteros y han desaparecido los gastos de reparación de plumas estilográficas que se torcían o se rompían, de modo que todo el mundo escribe, publica, hay un increíble tráfico de cosas impresas; quienes antes vendían corbatas dentro de un paraguas o naranjas pasadas en sus carritos o fotos pornos bajo el gabán entreabierto, ahora venden libros, por no hablar de los falsos africanos que se han pasado al betún Baranne y te detienen en boulevard Saint-Michel preguntando «¿Es usted racista?», pegándose a ti con su colección, a precios imposibles, de lamentables poemas, por no hablar

* A modo de prólogo, hemos utilizado la recensión de Michel Cournot, brillante novelista, crítico y cineasta ocasional, aparecida en *Le Nouvel Observateur*, a raíz de la edición francesa de *El Uruguayo*. (N. del E.)

de los falsos tipos del Tibet, de cabeza rapada, que te incordian disparándote una bocanada de H en pleno rostro para endilgarte un texto apócrifo de Milarepa en edición pirata, y quizá lo peor de todo en realidad sean las pretendidas novelas auténticas publicadas en Gallirion o Flammimard, todas estas empresas especializadas; en suma, que se parlotea en todas partes, y uno ya no sabe lo que lee, la cabeza le da vuelta, reclama silencio, papel en blanco, libros simulados; uno está dispuesto a quemar todo esto, como los soldados de Chile, y justo en ese instante aparece un individuo genial que hace que olvidemos esta pesadilla, un individuo que cae del cielo: *El uruguayo*, de Copi.

La ley de la pluma-goma de borrar

Durante bastante tiempo se creyó que Copi dibujaba porque no sabía escribir. Absurda idea que impedía ver que Copi, que, en efecto, no sabe escribir, tampoco dibuja. El caso se había ya producido con Jeanne d'Arc: los eruditos discutieron durante cinco siglos sobre si sabía escribir o no, hasta el día en que descubrieron que, sin saber escribir, había aprendido, en primer lugar, a trazar muy bien las siete letras de su nombre, Jehanne, para firmar ella sola, y después las letras de un

montón de palabras para escribir cartas enteras ella sola, pero durante este período ella seguía sin saber escribir en absoluto, de modo que sus cartas no eran banales, no hay duda alguna, y quienes las recibían, el duque de Bourgogne o el general Falstaff, no las lanzaban a la cesta, como hacían con todo el correo, no; desde la primera ojeada, la letra de Jeanne d'Arc les dejaba como encantados por una serpiente, no podían apartar los ojos, no comprendían qué les ocurría, eran víctimas de una violenta diarrea y finalmente se escondían, dejando caer sobre la hierba dos tercios de su armadura, y así fue cómo, entre otras stratagemas, Jeanne d'Arc hizo ganar media docena de batallas: escribiendo sin saber escribir.

Lo mismo pasa con Copi. No lo oculta e incluso es lo primero que anuncia en su libro: no tiene ni idea de escribir en francés, él es uruguayo* que ha olvidado el uruguayo desde que dejó Montevideo; sabe muy bien que lo que escribe no es legible y recomienda encarecidamente al lector tomar una gruesa goma de borrar para leer *El uruguayo*, y borrar todas las líneas del texto a medida que las recorra, evitando así rencores y necesidades.

* Todo el mundo (y Michel Cournot el primero) sabe que Copi es argentino y no uruguayo. Precisión sin duda inútil: aquellos de nuestros lectores que son poetas —y creemos que lo son la mayor parte— ya lo habrán rectificado. (*N. del N.O.*)

¿Y qué escribe Copi en el tono inimitable y al fin audible de quienes no saben escribir? Escribe que, pese a las apariencias, no está en París, que sigue estando en su casa de Montevideo, y cuenta lo que pasa en Montevideo, el verdadero, el Montevideo en el que Copi se ha quedado. Cosas más bien sorprendentes, que uno no ha leído nunca en ninguna parte y no quiere adelantar para no restar fuerza al texto de Copi.

La obsesión de la silla

No es nada habitual que la policía y las familias dejen a un loco peligroso tomar la palabra en público usurpando el lugar de las viejas medusas. Una vez, las gentes se detuvieron para escuchar a Lautréamont, pero Lautréamont tenía una sonrisa sinuosa. Copi no. Una vez escucharon un delirio de algunas páginas, *la Ralentie* de Michaux, pero Michaux hablaba desde muy lejos, a distancia, como un médium a la inversa, y no se plantaba en mitad de la calle, como Copi. Está también *Au 125 du boulevard Saint-Germain*, de Benjamin Peret, pero Peret era surrealista, o sea un mentiroso, todo lo contrario de Copi. En fin, está también *En bas*, de Leonora Carrington, otra Jeanne d'Arc que no aprendió a escribir, pero Leonora Carrington se

expresaba con los miembros encorsetados por una camisa de fuerza, lo que la molestaba un poco, mientras que, en cambio, Copi ha hecho trizas todas sus camisas de fuerza.

Eso es todo. En el género no ha habido antes de Copi más que estos cuatro casos, lo que muestra hasta qué punto *El uruguayo* merece ser leído, y más si pensamos que estos cuatro ahora han cerrado el pico, o han rebajado el tono, mientras se diría que Copi, que se desbloquea todavía mejor y aún más fuerte, no ha hecho más que empezar. Y no corre el riesgo de deteriorarse, de escribir algún día menos bien, pues no sabe escribir, ya lo he dicho, más que en el uruguayo que ha olvidado, y que quizá no ha sabido nunca.

Aun tratándose de un gran y maravilloso delirio, el libro de Copi, hay que advertirlo, nos pone un nudo en la garganta, porque es la primera vez que el exilio grita con todas sus fuerzas su amor y, a la vez, su odio hacia el país que ha dejado y hacia el país en el que se encuentra, él es el exilio. No el exilado, insisto, sino el exilio, ese gran engendrador de crímenes, suicidios, genios sin silla donde sentarse, sin plaza del pueblo adonde ir.

El uruguayo es un cuento gigantesco, maravilloso. Algo difícil de presentar, como todo lo que no tiene límites. Pero podéis ir allí, no exagero, ya veréis. Y no olvidéis la goma, para borrar todo

el texto a medida que lo leáis, como pide muy inteligentemente Copi, lo que obliga a comprar de golpe diez ejemplares de *El uruguayo* para asegurarse diez lecturas (un primer estadio). Diez lecturas, y cada vez un libro bien nuevo. La gran vida.

MICHEL COURNOT

*Al Uruguay, país donde pasé los años
capitales de mi vida, el humilde home-
naje de este libro, escrito en francés,
pero pensado en uruguayo.*

A Roberto Plate

Querido Maestro:

Sin duda le sorprenderá recibir noticias mías desde una ciudad tan lejana como Montevideo. La razón por la que me encuentro aquí, confesémoslo de entrada, se me escapa. Si me permito dirigirle esta carta, sin duda irritante, es más por ser leído por usted que por lo que le voy a contar: no le ofenderé pensando que mi historia le interesa más que a mí. Le estaré, pues, muy agradecido si saca del bolsillo su estilográfica y tacha, a medida que vaya leyendo, todo lo que voy a escribir. Gracias a este simple artificio, al término de la lectura le quedará en la memoria tan poco de este libro como a mí, puesto que, como probablemente ya habrá sospechado, prácticamente ya no tengo memoria. Le imagino dudando, con su estilográfica en la mano, al ver que la frase anterior presenta varios ejes a partir de los cuales puede empezar a tachar;

yo dudo como usted. Dejo esta decisión a su libre arbitrio. Escribiendo me doy cuenta de que ciertas frases me quedan extrañas, como esta última (dejo esta decisión, etc.) sin duda porque, en los últimos tiempos, he practicado mucho más la lengua que se habla en este lugar que el francés y probablemente volver a un lenguaje normal me es más difícil de lo que creía. Le ruego, pues, que excuse alguno de mis giros. El país se llama República Oriental del Uruguay. Y el Uruguay, siendo naturalmente un río que está al occidente de la República, es un nombre que, en indio, podría traducirse por la República (URU) está en Oriente (GUAY). Aquí tiene la primera cosa rara. La segunda es ésta: la ciudad se llama Montevideo y ellos te explican tranquilamente que esto en portugués quiere decir: he visto el monte.* Sigo escribiendo y doy por supuesto que ha leído y tachado esta llamada, lo que no siempre es seguro, ya que hay una cierta categoría de lectores —lejos de mí el censurarlos —que leen al final de la página todas las llamadas a la vez. Estoy seguro que le habrá molestado que emprendiera solo tan largo viaje. Debería, lo sé muy bien, haberle llevado conmigo en lugar de huir como un ladrón. Ya está hecho y aprovecho para confesarle que lo que me

* «Vide o Monte», pues, aun aceptando explicación tan delirante, la ciudad debería llamarse Videomonte y no Montevideo.

asqueaba de usted (y lo que habría hecho insoporable su compañía en este viaje) es su manía de detenerse a cada momento para tomar notas de lo que ve, como en nuestro viaje a Normandía al término de mis estudios. Antes lo toleraba, ahora esto francamente me tocaría los huevos. Tache con rabia. Al entrar en el puerto no dejas de ver el monte que domina la ciudad. Es una convención: el monte no ha existido nunca. La mierdecita de perro que llevaba conmigo no dejó de gritar junto a los otros turistas: ¡Montevideo! al ver no sé qué naranja que flotaba entre dos aguas igual de aceitosas. Sé que aquí ha tachado con melancolía. Naranja entre dos aguas aceitosas... y se imagina ya el monte y se dice: es como si realmente lo hubiera visto. ¡Ah, cómo sigo el ritmo de su estilográfica cuando tacha mis frases! ¡Querido Maestro! Llorá, viejo boludo, nunca más estaré contigo. No impide que Montevideo sea agradable. Las calles, los espacios verdes, la arena, el mar. No tengo más ganas de escribir. Me desalienta estar tan lejos de usted. Nunca sabré en qué momento leerá estas palabras ni dónde estaré yo entonces. Prométame que hasta ahora lo ha tachado todo. Hasta mañana, a sus pies. Copi. Hoy no tengo ningunas ganas de escribirle. Voy a pasearme por las dunas con mi perro Lambetta, lanzaré trozos de madera seca entre las olas y él estará encantado de ir a bus-

carlas y devolvérmelas bien mojadas. Somos bastante los que hacemos esto, pero es tan grande el espacio, que no nos molestamos entre nosotros. Los perros nos molestan únicamente cuando, justo a nuestro lado, se sacuden el agua que les ha quedado adherida en el pelaje; yo no sé si ha estado alguna vez al lado de un perro mojado que se sacude, es como una lluvia de lo más irritante y molesta; te hace ponderar el contrapeso del placer que se experimenta al lanzar un trozo de madera entre las olas. Les gusta también un juego muy singular que consiste en correr a lo largo de la línea de demarcación entre el mar y la arena, ora mojándose las patas, ora hundiéndolas brevemente en la arena que se adhiere a dichas patas gracias al agua de la que están mojadas, siendo lavada dicha arena por el agua del mar apenas ellos la han rozado, y así sucesivamente, a veces en parejas (los perros) y a veces solos. Pero aquí me detengo porque esto deviene rápidamente sistemático. Usted me dirá ahora: olvídense de los perros, siéntese sobre una duna, encienda un cigarrillo haciendo paraviento contra el viento con las manos en bocina y piense en otra cosa. Sospecho que usted tuvo un perro en su juventud, es una típica idea de un amo de perro, Maestro. Pelotudo. Sospecho que incluso va a tachar todos los insultos de esta carta antes de releerla. No le va a quedar nada de ella,

sabe usted. Pelotudo. He tachado por mí mismo todo lo que sigue a la palabra Copi. No he encontrado mi lenguaje de ayer. Voy a pasearme. Aquí las gentes están dispuestas de manera diferente según los barrios (un barrio se llama un *cuarto*, que quiere decir también dormitorio). Hay *cuartos* en los que no hay ni casas y que me parecen los más interesantes, ya que la disposición de las gentes (gentes: jujo en uruguayo) parece la más movable. Cada persona ocupa un lugar en un barrio cualquiera de la ciudad, pero sus lugares varían considerablemente de dimensión. Por ejemplo un árbol puede ser un lugar lo mismo que un metro cuadrado de acera, dos metros cuadrados de acera, una plaza en un automóvil, e incluso un caballo entero o parte de este caballo; en fin, todo puede ser un lugar desde el momento en que ellos pueden darle un nombre. Y esto no les cuesta nada, créame. No paran de inventarse palabras que les pasan por la cabeza. Si uno de ellos me viera escribir en este momento (para escribir me escondo) podría inventar una palabra con la que nombrar mi cuaderno, mi estilográfica y a mí mismo (digo podría, pero estoy seguro de que lo haría) y esta palabra se convertiría automáticamente en un lugar que él ocuparía en el acto, dejándome, en cierta forma, fuera. Un lugar se ocupa o bien físicamente (en el caso que acabo de citar esto habría sido imposible, evi-

dentamente) o bien sintiéndolo. Hay una palabra para decir me siento en mi lugar y ésta es precisamente el nombre de la ciudad: Montevideo. A veces se encuentran en situaciones totalmente ridículas, por ejemplo en aquel caso en el que varios de ellos gritaban a la vez Montevideo. Eso, para ellos, define un barrio y se ven obligados a explicar el lugar de cada uno para poder inmediatamente delimitar el barrio. La mayoría de las veces sus discusiones no conducen a nada (sospecho que mienten bastante a menudo, a pesar de que la palabra mentir no existe en su vocabulario) (de hecho no se sirven nunca de ningún verbo) puesto que todos pretenden tener siempre un lugar más grande (*imponente*) que el de su vecino, es decir, que su lugar comprende mayor número de elementos (por ejemplo un pan, una mesa, una silla y un tenedor) que otro lugar que no tendría más que la mitad del pan (a menudo, además, el del vecino), un tenedor torcido y una pequeña punta de salchicha (la llaman sassassa), mientras que un tercer vecino pretende que su lugar comprende un pan, la mitad del pan (que ya se encuentra en litigio), el tenedor, la mitad de ese tenedor, un salchichón, un azúcar y un jardín, pongamos por caso. Incluso una vez escuché a uno que pretendía que su lugar comprendía el mar y la tierra, discutiendo con otro que aseguraba que su lugar comprendía todos los

mares y todas las tierras, a lo que el primero respondió: ¡papá! que en uruguayo quiere decir (lo supe más tarde:) la tierra (comprendiendo la tierra y todos los mares y todas las tierras) mientras que un tercero que hasta entonces había estado callado gritó de pronto : ¡Sistema Solar! y un cuarto, en el mismo instante, dijo: ¡sississi! (sistema en uruguayo). Ellos consideraron evidente que había sido este último el que había ganado el barrio y los otros tuvieron que mudarse al campo. El que gana un barrio queda confinado en él para siempre, a menos que consiga escaparse, lo que es extremadamente difícil. Lo que más me molesta de ellos es que no huelen. Lambetta se siente perdido. Como no tiene nada que olfatear, finge que olfatea la arena y se inventa olores. Esto lo hizo en los primeros días, porque ahora me parece que ya no se acuerda de lo que es un olor, ya que no olfatea nada y el pobre se contenta únicamente con lo que ve, como la punta de madera que va y viene en su boca y en el aire indefinidamente entre mi mano derecha y el mar. No debí nunca llevar a mi perro conmigo, se siente muy desgraciado. Debería habérselo dejado a usted para que me lo guardara, Maestro. Hay tantas cosas a degustar con el olfato en su casa, sus viejas ropas, sus pedos, su balcón, la madera de su mesa, su propio olor, sus coles impregnándolo todo de ese olor im-

pertinente que destilan mientras usted toma las últimas notas de una tranquila jornada de otoño, con su apetito abriéndose cada vez más, como una col, dentro de su estómago y con la saliva suelta en su boca cerrada. Le habría estado incluso agradecido, mi pobre Lambetta, si hubiera podido lamerle la mano izquierda sin impedirle esto escribir con la otra mano. Para ellos yo no soy nadie o casi nadie. Entre ellos ocurre lo mismo. Viven con el terror de que alguien deje de gritar Montevideo cuando lo gritan, pues se arriesgan a encontrarse con un barrio bajo el brazo, lo que para ellos es un deshonor, pues en ese momento cualquiera podría tomarlos como lugar, ya que se les considera muertos. Solamente (y esto es realmente delirante) pueden ser tomados enteros, nunca por partes. Si el barrio (es decir, el muerto) comprende un perro, una casita, un jardincito, una vajilla y quizá la muerte misma, nadie puede coger la vajilla o el jardincito, etc., dejando el resto, debe cogerlo todo. Los lugares, a medida que la gente muere, se van haciendo cada vez más raros y complejos y hay lugares (muertos) que comprenden centenares de lugares (muertos) y nadie quiere cogerlos a menos de que se vea realmente forzado a ello, pues corres el riesgo de tener un barrio y por consiguiente estar muerto (!). Los viejos son los que generalmente están muertos más veces,

aunque conocí a un niño de siete años que estaba muerto cuarenta y siete veces, aunque hay que decir que no tenía aire de buena salud. Es una especie de héroe nacional, por lo que comprendí, pues está siempre sentado sobre el pedestal de una estatua en posición de estar a punto de jugar al boliche y los transeúntes le aplauden cuando pasan por el lugar: una plaza (la estatua, es decir el niño, está justo en el centro de la plaza), y cuando, en mi pésimo uruguayo, pregunté a un transeúnte porqué aplaudían, me respondió *niño rico-rico*, que quiere decir este niño es muy rico, lo que significa que es el propietario de numerosos barrios y, por tanto, una esperanza para el país, puesto que (ésta es su religión) ellos esperan que uno de los suyos llegue un día a ser propietario de todo el Uruguay. Lo que, sin duda, les ahorraría muchas preocupaciones. No les falta una cierta elegancia en alguna de sus costumbres. Por ejemplo la ceremonia en la que exorcisan sus dobles. Es ésta su única distracción y uno de los raros momentos en los que les he visto si no reír al menos sonreír juntos. La cosa va así: se reúnen de diez a quince (el número poco importa) y delimitan con un trozo de madera dibujando en la arena (prefieren las dunas) lo que ellos llaman el «*mapa mundi*», es decir, el primer dibujo que se les ocurre. Después se colocan en el interior de la

manera que les parece más adecuada a su estado de ánimo, por ejemplo uno se convierte en una cantante muda de ópera (es decir, no importa qué) y abre la boca con los brazos en cruz en un lugar cualquiera del dibujo, un segundo se convierte en dentista pensador, es decir que mira el interior de la boca del primero con aire concentrado, un tercero se convierte en reidor, es decir, que mira a los dos primeros estallando de risa cada vez que su mirada va de uno al otro, un cuarto se convierte en tosedor, es decir que tose cada vez que el tercero ríe, un quinto golpea la espalda al cuarto cada vez que éste tose, un sexto sodomiza al quinto (sí, ha leído usted bien), un séptimo señala con el dedo (al sexto y al quinto) con aire reprobador, un octavo señala al séptimo repitiendo indefinidamente moralista, moralista, un noveno lo mira todo (los ocho primeros) a una cierta distancia sin expresión particular y un décimo hace la limpieza, es decir, que sacude el polvo (a los nueve restantes) sirviéndose de un plumero o de un trapo húmedo. Y ahí comienza la distracción. Cuando uno de ellos tiene un momento de distracción (es fácil distinguirlo una vez que estás habituado al juego) los nueve restantes ríen. Explicado de esta manera parece un juego idiota, pero jugarlo resulta bastante divertido, sobre todo cuando los momentos de distracción se prolongan varios mi-

nutos. Yo mismo he jugado bastantes veces y me he divertido mucho; así como mi perro, que adora el juego, ya que gana casi siempre al ser poco distraído de naturaleza. Los uruguayos pronuncian una media de tres palabras por día,* algunos pronuncian siempre la misma palabra, otros son resueltamente mudos. Cuando dos de entre ellos pronuncian habitualmente la misma palabra (poco importa de qué palabra se trate) se convierten en «hermanos de sangre», es decir, que pertenecen a una formación política y son fusilados de inmediato. Este es el origen, creo, de su manía de inventar palabras cada vez más complicadas. Hace poco tuve un incidente extremadamente molesto que ilustra bien esta manía. Entré en un estanco con mi perro. Había entrado para comprar cigarrillos y mi perro lo había hecho por acompañarme (es poco fumador). No recuerdo qué es lo que iba a contarle. Ah, sí. Pido cigarrillos y un segundo uruguayo que había entrado detrás mío pronuncia al mismo tiempo la palabra «pitillo» (polla. Cigarrillo y polla tienen el mismo nombre. De hecho, lo que quería él era acostarse con la señora del estanco, una negra que, por cierto, no estaba nada mal). La señora del estanco se queda estupefacta. Yo miro a mi compañero de palabra que confundido deja caer su dentadura al suelo. Me agacho

* ¡Y aún!

para recogerla. Él también se agacha y toma a mi perro en brazos (más tarde me pareció entender que creía que yo quería cambiar su dentadura por mi perro). Nos miramos los tres, la señora con un paquete de cigarrillos en la mano, él con mi perro en brazos, yo con la dentadura cogida con la punta de los dedos. *¿Pitillo?*, dice al poco rato la señora, en tono desconfiado. No me atrevía a pronunciar palabra por miedo a que el otro pronunciara a la vez la misma palabra y entonces sí que la liábamos del todo. *¿Pitillo?* repitió la señora, a lo que yo me puse a reír de un modo forzado repitiendo «*no pitillo, no pitillo*», pero veía que el otro uruguayo, pálido como la cera, estaba mirando de reojo. La señora se puso decididamente agresiva: *¿Hermanos? ¿Hermanos?*, nos dijo señalándonos con el dedo, primero a uno y luego al otro. «*No, no, no hermanos*», dije. Tras esto salí del estanco haciendo crujir la dentadura y me alejé sin volver la cabeza. Un minuto después mi perro se reunía conmigo. ¡Con un ojo reventado! ¡Esos cerdos le habían reventado un ojo! ¿Quién lo habría hecho? ¿La señora, el cliente sospechoso o los otros clientes del estanco? Nunca podré saberlo. Seguramente forzaron al cliente sospechoso a reventar el ojo de mi perro. Pobre hombre. Todavía tengo su dentadura en el bolsillo. Quién sabe si encima no lo fusilaron. Y si mi perro vive

todavía es porque debieron pensar que verlo con un ojo reventado me apenaría más que verlo muerto (saben que los extranjeros temen más las mutilaciones que a la muerte) y doy gracias al cielo por ello. Ahora le dejo, querido Maestro, hasta mañana, pues mi perro está a punto de morderme los dedos de los pies, lo que para él quiere decir: es tarde, vamos a dormir; y desde que es tuerto no me atrevo a contrariarle. Me ha obligado incluso a comprarle para su ojo una venda negra que, todo sea dicho, le sienta la mar de bien. Los perros son de una coquetería desarmante. Hasta mañana, viejo boludo. Buenos días, pelotudo. Espero que habrá tachado todo lo anterior, sobre todo la historia de la venda y del perro, no vaya a enternecerse con esto, viejo boludo. Ciao, Maestro, hoy no tengo ganas de escribirle. Hola, Maestro. He dado una vuelta rápida por la playa y he perdido a mi perro. Ha hecho un pozo en la arena cavando con las patas delanteras y lanzando la arena detrás suyo entre las patas traseras (los perros hacen esto bastante a menudo) de modo que ante él el pozo se ha ido haciendo cada vez más profundo y detrás suyo una montaña de arena ha ido aumentando paralelamente de volumen. Me he distraído dos segundos y cuando he vuelto a mirar he visto que la montaña de arena se había hecho enorme. Me he acercado: el pozo no tenía fondo y mi

perro había desaparecido en él. Le he llamado a voz en grito, pero no ha habido nada que hacer. Da igual, compraré otro. Los perros uruguayos no son más tontos que los occidentales. Volviendo de la playa me he dado cuenta de que las calles habían cambiado de sitio, bueno, no exactamente esto, se lo explicaré. La arena ha invadido ciertas calles (el viento aquí no cesa nunca y las dunas no paran de cambiar de lugar) y ha situado ciertas casas, que se hallan casi cubiertas de arena, en medio de lo que había sido una calle. Al intentar encontrar mi camino he tropezado con una rama: era la copa de un árbol de cinco metros (la he reconocido por la disposición de tres nidos de pájaros en los que anteriormente había reparado). He golpeado la ventana de una tercera planta de una casa para pedir información: nadie ha respondido. Por todas partes hay chimeneas, ramas, los pisos más altos de las casas más altas, incluso una carrocería de automóvil (me pregunto cómo habrá llegado hasta aquí), pero ni una sola alma viviente. Habría podido pensar que era el único superviviente de una catástrofe nuclear y que yo había salvado milagrosamente la vida al hallarme en la playa en el momento de la explosión, pero esto tiene poca lógica. Una explosión nuclear, si no me acuerdo mal de lo que leí en los periódicos franceses, lo arrasa casi todo, pero no deposita arena

sobre toda una ciudad. Además, habría oído el ruido de la explosión. ¿Una especie de tornado, quizá? En cualquier caso estoy contento de haber encontrado milagrosamente intacta mi buhardilla (aunque la arena llega hasta el borde) y de haber hallado en ella la carta que he comenzado a escribirle y que confío que fielmente haya tachado hasta aquí. ¿Ve cómo tenía razón al pedirle que tachara todo?: el Uruguay ha cambiado de repente tanto que lo que hasta ahora le he contado ha quedado caduco. Ahora (llamemos a las cosas por su nombre) me encuentro en medio de un desierto de arena dominado por un monte igualmente desierto. He roído algunos huesos de mi pobre perro muerto, a pesar de que no tenía tanta hambre. No tengo sed ninguna. Me voy a dormir, aquí no hay gran cosa que hacer. Hasta mañana, viejo. Hola, viejo. He dado una vuelta por la ciudad y he ido a la playa con la vaga esperanza de encontrar a mi perro.* He hecho un castillo de arena al lado del agujero en el que él se hundió y he colocado sobre la torre una pequeña bandera que he confeccionado con una rama y uno de mis calcetines tricolores. Esto le habría gustado bastante, pienso. Cuando volvía he encontrado un cadáver, el de la señora negra del estanco, desnuda con tacones al-

* Los límites entre la playa y la ciudad son, en la actualidad, imaginarios, obviamente.

tos y un tajo en el cuello. Al principio He pensado enterrarla en la arena, pero me ha parecido que era ridículo que estuviera enterrada a un metro del suelo cuando todos sus conciudadanos estaban sepultados a diez o quince metros y he optado por dejarla allá. Por pudor he echado dos puñados de arena sobre su sexo entreabierto. He tratado de imaginar cómo era la ciudad antes de la catástrofe, pero es casi imposible, vistos los pocos puntos de referencia que tengo: estatuas, árboles, tejados de los edificios más altos, algunos pararrayos. Como no tengo nada que hacer y para pasar el tiempo he dibujado en la arena con un trozo de madera el lugar de las aceras, de las calles, de las casas, de los peatones, de los perros, de los coches, y circulo únicamente por las calles y las aceras. Cada vez que encuentro un peatón (están bastante bien dibujados, teniendo en cuenta que los veo desde arriba) digo buenos días señora, buenos días señor o bien qué bonito perro tiene usted. He tenido incluso una conversación muy animada con una señora a la que he elogiado su escote y que me ha sonreído (he tenido que imaginar su sonrisa ya que su sombrero la cubría totalmente). Para atravesar las calles me deslizo entre los coches y he tenido la mala suerte de tropezar con un parachoques que casi he borrado y que he tenido que volver a dibujar. Hoy ha soplado un viento ligero que ha bo-

rrado un poco mis dibujos de ayer y como no tenía demasiadas ganas de volver a dibujarlo todo he escrito el nombre de cada objeto o persona con grandes caracteres sobre ellos. Por ejemplo, he escrito coche sobre los coches, Mimí sobre el sombrero de la señora que me había sonreído, *Las acacias* sobre una casa, roble sobre un árbol, etc. He tenido algunas dificultades con las manzanas de casas que contienen numerosos detalles en el dibujo y he dudado entre escribir en grandes muy grandes caracteres (arrastrando un tronco de árbol) «manzana de casas» sobre una manzana entera de casas, lo que habría borrado muchos detalles, o bien escribirlo muy pequeño en una esquina. Estaba sentado en el suelo reflexionando sobre este problema cuando he visto a mi izquierda, medio cubierto de arena, un pollo asado. Inútil decirle que no he desperdiciado la ocasión (he pasado seis días sin comer) y he corrido hasta el mar para lavarle un poco la arena. Lo he devorado incluso antes de que saliera del mar, entre las olas. Esto me ha levantado un poco la moral y he andado a lo largo del mar hasta la tumba de mi perro para recogerme un poco. ¡Sorpresa! El hoyo se ha ensanchado considerablemente, ahora tiene casi cincuenta metros de diámetro y está lleno hasta el tope de pollos que hacen un ruido infernal. Naturalmente los que están encima se salvan del pozo y corren hacia... iba a decir

la ciudad, en fin, hacia mi dibujo. He mirado durante horas este pozo de pollos que me parece inagotable. He aquí resuelto, al menos temporalmente, mi problema de alimento. Esta raza de pollos vive y muere a una rapidez extraordinaria. Hay quienes se convierten en pollos asados, en pollos fríos e incluso en caparzones de pollos antes de salir del pozo y son pisados por los otros (es bastante desagradable, debo decirle). Los que consiguen salir vivos se precipitan hacia la ciudad poniendo huevos cada tres o cuatro metros sin detenerse ni tan siquiera para mirarlos. He visto un pollo convertirse en pollo asado a poco más de tres metros del huevo del que acababa de salir. En cuanto a los huevos, revientan al momento y sale un pollito que corre a toda velocidad hacia la ciudad. Algunos huevos, reventando, descubren un huevo frito que se menea durante algunos instantes como una ostra y después muere. Esta banda de puercos ha dejado mi ciudad en un estado repugnante en menos de tres horas. Dos huevos rotos sobre el sombrero de Mimí, las aceras cubiertas de mierda, caparzones podridos en los nidos que yo había dibujado en los árboles. Hasta mañana, viejo boludo. Hola, pelotudo. Esta mañana un yate de turistas argentinos ha varado en la orilla. Me han preguntado si necesitaba algo, he respondido que no. Cuando se han ido me he dado cuenta de que podría haberles

dado esta carta, pero ahora ya es demasiado tarde. El mar ha avanzado casi un kilómetro. He tenido que correr para no ser atrapado por las olas. Los pollos flotan entre ellas y parecen más contentos, mucho menos presurosos e histéricos que ayer. El mar ha tardado tres días en retirarse calmadamente, llevándose con él toda la arena, y la ciudad de Montevideo está todavía ahí, cubierta de cadáveres. Ayer tarde oí el ruido de un motor, salté de mi cama y miré por la ventana: era un camión de la Municipalidad que venía a llevarse los cadáveres. Me ha horrorizado la idea de ser colocado en el camión junto con los otros y he pasado el resto de la noche escondido bajo la cama pese a que no les he oído entrar en la casa. Cuando finalmente me he dormido, he tenido un sueño raro que más tarde le contaré pues el despertar ha sido mucho más interesante. Mi habitación estaba literalmente invadida por militares, algunos sentados sobre mi cama, otros caminando de arriba a abajo entre el lavabo y el armario, chocando a veces con las paredes, incluso había cuatro sentados sobre el armario y dos en su interior; todos fumaban grandes habanos y no cesaban de hablar al unísono. Tímidamente he salido de debajo de la cama y se han callado. Han venido a estrecharme la mano uno tras otro, algunos me han dado hasta besos en las mejillas. Ha entrado una niña de unos seis años con mi perro disecado

en brazos y me lo ha dado. En cuanto lo he cogido se ha marchado en silencio. No he comprendido absolutamente nada de la ceremonia ni tampoco cómo encontraron el cadáver de mi perro, ni por qué me lo daban. En cualquier caso parecían tan cordiales que he pensado que no debía inquietarme; he colocado a mi perro disecado encima de la chimenea, he ido al baño y he salido a la calle como todos los días. Esto no ha cambiado tanto en relación con lo que era antes de la catástrofe, a excepción de que toda la gente está muerta y disecada. Usted me dirá que ésta es una diferencia notable, pero como nunca tuve verdaderas relaciones con ellos, al cabo de cinco minutos me he habituado perfectamente a esto. Debo decirle que la manera en que están colocados es bastante grosera (¡tan meticulosos como eran en la elección de sus lugares!), se ven a veces montañas de cadáveres en la esquina de una calle, algunos sobre un coche, incluso he visto algunos pegados en los árboles, y los que están colgados de las ventanas están a veces colocados del revés, es decir que todo lo que se ve de la calle son sus piernas y zapatos. Se diría que se ha hecho este trabajo con prisa y sin convicción. Al llegar al estanco (la señora negra estaba disecada acostada sobre el mostrador) he tenido la sorpresa de encontrarme la niña que hacía unos instantes me había dado el perro, la cual, al verme, ha sido presa de

una crisis de risa loca y ha ido a esconderse detrás del mostrador. He cogido un paquete de «gauloises» y he dejado un franco cincuenta (tres pesos diez) sobre el vientre de la señora negra, después he salido y he ido hacia la playa (hace un tiempo espléndido). Allí he encontrado a mis amigos militares de esta mañana ocupados en medir el pozo de pollos (el que había sido la tumba de mi Lambetta) con cuerdas. Me han recibido con signos de alegría y me han ofrecido cigarros. Los he rechazado cortésmente y parece que esto les ha divertido pues han empezado a revolcarse de risa por tierra, sobre todo cuando me han visto encender un «gau-loises». Cuando se han calmado un poco he preguntado: «¿Por qué catástrofe?» señalando el pozo. Se han puesto blancos como la nieve. Finalmente uno ha dado un paso hacia adelante y ha susurrado a mi oreja: «*Yo soy el presidente de la República Oriental del Uruguay*» y cogiéndome del brazo me ha llevado hacia el mar. Al llegar a la orilla se ha desnudado cuidadosamente doblando sus vestidos y colocándolos sobre la arena. Me ha parecido que yo tenía que hacer lo mismo. Cuando nos hemos quedado los dos desnudos, los restantes, que se mantenían prudentemente a distancia, se han puesto a aplaudir y a gritar «*viva el diálogo*», a esto hemos saludado militarmente y hemos entrado en el mar. A cada ola el presidente gritaba «viva la mar»

y me ha parecido que tenía que hacer lo mismo. A cada una de nuestras exclamaciones los otros aplaudían desde la orilla. Cuando hemos dejado atrás las olas (el presidente nadaba como una foca haciendo con la boca un ruido bastante desagradable) me ha dicho en el tono más natural del mundo: «¿usted presidente?», he contestado «no presidente», entonces me ha mirado fijamente con sus ojos de foca: «¿por qué?» me ha dicho. «N'est pas president qui veut» le he respondido. «¡Macanas!», me ha contestado en tono apremiante. Este diálogo me ha parecido perfectamente estúpido y me disponía a ganar de nuevo la orilla cuando hemos oído el zumbido de un avión. He alzado la cabeza. En ese momento el avión ha lanzado una bomba sobre los militares que se habían quedado en la playa. El mar producía olas en sentido contrario que estuvieron a punto de arrastrarnos demasiado lejos para poder regresar. Hemos alcanzado la orilla sofocados, donde estaban un montón de cadáveres carbonizados sobre la arena negra. Haciendo un saludo militar el presidente se ha ido parando delante de cada uno de ellos pronunciando la palabra «militar» en un tono solemne, después se ha vestido lo mejor que ha podido, pues sus ropas estaban medio quemadas (las mías también, pero me ha parecido que la situación era más embarazosa para un presidente que para mí), finalmente

me ha dicho poniendo una mano en mi hombro: «acconta-me tutto». He probado de hacerlo lo mejor que he podido, comenzando por lo de mi perro cavando el pozo en la arena. «¿Quién culpable?» me ha preguntado cuando he terminado de hablar. «No sé» le he contestado. «¡Bravo!» ha gritado besándome en las mejillas cuatro veces seguidas. Tras esto ha entrado vestido en el mar y se ha puesto a nadar; no se había alejado ni cien metros cuando he oído el ruido del avión, he levantado la cabeza y poco después ¡boom! de lleno sobre la cabeza del presidente, del que no ha quedado más que una gran mancha roja en el mar. En ese momento he comenzado a hacerme preguntas o más bien una sola pregunta: ¿por qué era yo el único superviviente del Uruguay? Aparentemente estaba también la niña, pero pronto he aclarado este punto: al entrar en mi casa la he encontrado con el vientre abierto sobre mi cama. Hasta mañana, Maestro. Buenos días, Maestro. Ni un alma viviente. He pasado el día recorriendo la ciudad en todas las direcciones con un jeep militar que he encontrado estacionado frente al estanco (¿quién lo ha dejado allí?). En la caja de... (iba decir la caja de guardar los guantes, pero los jeeps tienen una especie de agujero muy corto en el sitio de la guantera) he encontrado una foto del presidente con la niña (sólo la mitad de la cabeza de la niña entra en la

foto) riendo y mirando al objetivo. El presidente tiene un ojo negro y la niña va maquillada como una puta. Con el jeep he subido por primera vez al monte y lo he encontrado mucho menos interesante de lo que pensaba: es una montaña de tierra dura sin un matorral ni una piedra. En la cumbre (es el único detalle interesante del monte) está el avión que nos bombardeó ayer, he entrado en él y está absolutamente vacío, ni un asiento, ni siquiera motor. Esto me ha asustado, a pesar de que estoy convencido de que tarde o temprano hallaré una explicación razonable a todo. Esta noche he dormido en el hotel más grande de la ciudad, el Montevideo (no quiero acostarme en mi cama desde que en ella encontré el cadáver de la niña a la que, por cierto, he enterrado), en una habitación que he hallado casi vacía (había tan sólo un cadáver, en la bañera, pero he cerrado con llave la puerta del baño, así como la que da al pasillo). Me he despertado bastante tarde, he leído viejos periódicos que he encontrado en la recepción, he hecho café en las cocinas, he comido tostadas con mermelada de naranja y bacon que he encontrado en bastante buen estado en los frigoríficos. Me he paseado a pie por la ciudad mirando los escaparates (estoy en el centro de la ciudad, bastante lejos de donde habitaba antes) y me he escogido un bonito traje colonial con botones nacarados que he pagado

cuidadosamente antes de ponérmelo. Esta vida es mucho menos monótona de lo que usted pueda creer. Se puede leer, escuchar música, pasearse e incluso beber y cantar a todo pulmón sin que nadie te moleste. Desgraciadamente echo a faltar un poco el sexo, pero no puede tenerse todo. Me he proyectado incluso un film ayer noche antes de ir a dormir, en el cine más grande de la ciudad (el Montevideo), *Hello Dolly*, no gran cosa, aunque la vedette es bastante deslumbrante. He tenido la curiosidad de saber si quedan peces en el mar (no hay un solo pájaro) y me he alejado en una barca de motor. Todo inútil, ni un solo pez. Cuando se agota la gasolina de un coche, cojo otro. Carezco de electricidad, me falta desde hace varios días, pero me alumbro con cerillas, hay suficientes en la ciudad como para que no me falten en el resto de mis días. En cuanto a las provisiones he encontrado millares de jamones en los mataderos y siempre puedo comer legumbres que continúan brotando, me pregunto por qué. Mi único miedo en los primeros días ha sido el de que los cadáveres comenzaran a pudrirse; lo que me habría hecho imposible la vida en la ciudad (habría sido impensable enterrarlos, dado el número) pero parecen tan bien disecados que creo que por este lado no tengo nada que temer. Ahora voy a confesarle algo que no le habría confesado si pensara que usted va a leer esta carta

(en la situación en la que me encuentro es imposible que alguna vez lea usted esta carta), pues bien: he hecho el amor a la señora negra sobre el mostrador del estanco. No sobre el mostrador, afuera, he instalado un colchón en medio de la calle (me hacía reír mucho la idea de que los transeúntes pudieran vernos) y le he hecho el amor al claro de luna, después de haber bebido champagne que incluso he llegado a deslizar sobre sus senos y que he bebido en su ombligo (tiene un ombligo bastante profundo). La he dejado en medio de la calle, por si tengo ganas de volver a verla. He organizado mi vida con horarios precisos. Despertar a las diez, a continuación footing hasta el mediodía. Almuerzo solo en el Plaza leyendo periódicos viejos, después visito algunos lugares turísticos (la estatua de San Santo, los jardines de Doña Marones), más tarde hago un poco de shopping, entro en mi hotel para arreglarme un poco y ceno en el Plaza o en el Jockey Club, después voy a beber un whisky a alguna boite y al final de la velada regreso a casa o voy a ver a la señora negra del estanco (mirando en su bolso he descubierto, no sin gran placer, sus documentos: se llamaba Voom Voom Pérez). Nunca dejo de llevarle algún pequeño regalo: un par de medias de seda o una caja de música. Para Navidad tengo la intención de regalarle un abrigo de visón que ya he elegido de un escaparate. Usted me dirá:

¿Cómo se lo va a hacer para saber que es Navidad? Y es ahí donde puedo contestarle: usted no ha entendido nada de mi relato: Navidad llegará cuando yo lo decida, esto es todo. Estos últimos días he tenido la idea de un juego que será, creo, el artificio gracias al cual mis últimos días, si es que mis días van a terminar aquí, se salvarán del aburrimiento: me gasto bromas a mí mismo. He ido a buscar a mi perro Lambetta a la otra punta de la ciudad (en la pobre habitación en la que yo antes vivía) y lo he colocado sobre el pedestal de la estatua de San Santo, en cuanto a San Santo lo he vestido de Madame Pipí y lo he sentado a la entrada del urinario del metro. En el interior del maldito avión he colocado una mesa Knoll que he comprado en las galerías Montevideo y sobre la mesa he puesto un cepillo de dientes y un guante (sé que esto es un poco surrealista pero me divierte, por otra parte aquí me río de las modas); he cortado un pie a la señora negra y me lo he guardado en el bolsillo (imagine la sorpresa que me he llevado al meter la mano en el bolsillo para coger el mechero), he pintado de rojo uno de mis zapatos así como uno de los del conserje del hotel y cada vez que entro miro su zapato, después el mío, con aires de aturcido, después paso delante de él más tieso que un palo y cuando entro en mi habitación estallo de risa. El juego, para ser divertido, debe hacerse más

complicado cada día. Ayer me disfracé de inspector de policía (cambié mis vestidos por los de un verdadero inspector de policía y entré en un almacén de ropa a controlar todos los precios). Puse un peso sobre un vestido imitación Dior, dos mil pesos sobre un pañuelo de tela de yute, etc. Seguidamente encarcelé a dos de los empleados y a un maniquí de cera del escaparate. Les condené a muerte y después les perdoné, aunque de ahora en adelante no podrán volver a hablarse entre ellos. Me llegan, es cierto, momentos en los que me muero totalmente de asco. Me quedo tres o cuatro días en la cama mirando el techo, a pesar de que es bastante feo a causa de las manchas de humedad inevitables en este país. Pienso en las diferentes posibilidades de bromas que me quedan por hacer y que, después de todo, son bien limitadas. A fuerza de quedarme acostado mirando al techo me han pasado cosas bastante raras por la cabeza. Paso a contárselas: anteayer pensé en una vaca con tal fuerza que acabé viendo la palabra vaca escrita en grandes letras de neón en la pared de enfrente de mi hotel. En este momento el neón está apagado, pero sigue ahí. He hecho circular un coche tan sólo pensando en el movimiento del coche y en el coche al mismo tiempo; ha marchado con tal rapidez que he tenido que correr al lado del coche hasta que se ha estrellado contra un árbol que no había previsto.

Todos estos poderes raramente los utilizo para servirme la mesa o rascarme la espalda porque normalmente me ocupo yo mismo de todas las tareas utilitarias para conservar la forma física, pero estoy muy contento de las posibilidades que se abren ante mí gracias a lo que yo llamo, ruborizándome, mis pequeños milagros, puesto que si tengo que terminar aquí mis días siempre es tranquilizador saber que cuando ya no tenga fuerzas para ir a buscarme remolachas al campo podré siempre tenerlas sobre mi mesa tan sólo pensando en remolachas, en mi hambre y en mi plato al mismo tiempo. ¡Pensar que me han llegado poderes de brujo, justo en el momento en que esto no puede servirme de nada en esta mierda de país sin ni tan siquiera un gato para aplaudirme! Pero la vida quizá sea siempre así: todo te llega a destiempo y sin explicación aparente, y me digo que, después de todo, usted es quizás en este momento tan desgraciado como yo por razones tan raras para usted como mi situación lo es para mí. Golpe de teatro: la gente se ha puesto a resucitar. El primero al que he visto hacer esto me ha dejado atónito, se lo aseguro. He visto un cadáver ponerse a bostezar como si se despertara (el del vendedor de periódicos que tengo la costumbre de ver en un ángulo del Palazzo Salvo con lo que le queda de sus periódicos, tres o cuatro pedazos de papel desgarrados por el viento y amarillentos por

el sol en su puño cerrado). Al principio no he podido creerlo y he pensado que era uno de estos milagros que hago en estos últimos tiempos, pero no, el tipo estaba bien vivo y después de haber bostezado y de haberse frotado los ojos ha mirado los pedazos de papel viejo que tenía en la mano y me ha mirado y me he dado cuenta de que estaba pensando que yo le había robado sus periódicos mientras él echaba una siesta. Me he puesto a correr a toda velocidad, no por miedo al tipo sino por la explicación que iba a seguir a esto, ¿cómo habría podido creerme si le cuento que ha estado muerto durante tres años? Tras trescientos metros de carrera a pie he visto a una mujer que me saludaba gritando ¡taxi! ¡taxi! Por un reflejo instintivo de miedo (lo confieso) he girado a la derecha y me he perdido en una callejuela desierta de la que conocía de memoria hasta el más pequeño escondrijo. Al saltar detrás de un gran cubo de basura, la tapadera se ha levantado y un tipo ha saltado fuera y me ha estrechado las manos. Y así sin parar. De golpe he comprendido que su resurrección tiene una relación directa conmigo, aunque me pregunto de qué naturaleza. La mujer que me gritaba ¡taxi! ¡taxi! ha seguido tomándose por un taxi cada vez que la he encontrado y siempre quiere subir encima mío. Más de una vez pensé en deshacerme de ella (es una pesada), por-

que nunca se le ocurrirá tomar a cualquier otro por un taxi. De hecho todo su universo mental gira en torno a un taxi que soy yo puesto que es la única palabra que recuerda de antes de su muerte. El vendedor de periódicos sigue creyendo que le he robado los periódicos y cuando me ve se pone a llorar y a gritar: ¡periódicos! ¡periódicos! y si yo le diera periódicos haciendo ver que se los devuelvo, o bien se los pagara, no cambiaría nada: para él yo soy para toda la eternidad la palabra «periódico» o bien el que le ha robado sus periódicos (lo que para él viene a ser la misma cosa). Hay tres tipos (tres, digo bien) que me toman por una piel de plátano con la que ellos resbalaron antes de su muerte y cada vez que me ven dicen «banana, banana» y después hacen ver que resbalan y dan de bruces en tierra. Hay otros que me toman por su hermano o por su madre e incluso hay una anciana que está convencida de que yo soy ella misma. Estoy literalmente asediado por esta banda de alienados que no dejan de seguirme. Intento concentrarme para tratar de hacer el milagro de que al menos sus bocas se cierren, pero no poseo suficientes poderes. Sin embargo, he conseguido levantar una baldosa del pavimento y con ella he apaleado a la vieja idiota que me toma por ella y que de entre todos ellos es la más irritante porque quiere entrar dentro de mí y no

para de hacerme morados en las costillas y los brazos con su cráneo. Hay otro que me toma por una escoba, anteayer estuvo a punto de estrangularme al querer barrer no sé qué polvareda. Afortunadamente tuve suficientes poderes para aflojarle los dedos, si no llego a hacerlo ahora no estaría escribiéndole. No salgo de mi habitación de hotel más que para hacer los recados de la semana, ya que la ciudad se ha puesto imposible. Cuando entro en mi casa me tapo las orejas para no oír sus gritos. Usted me dirá, claro está, que puesto que son tan bestias como una bestia (es oportuno decirlo) podría hallar el medio de domesticarlos (a los más calmados) o de enrejarlos (a los más agresivos), lo que probablemente sería fácil si tratara de hacerlo, pero el estado de indignación en el que me encuentro me impide hasta mirarles a la cara. Por el momento estoy tan furioso contra ellos que cuando veo a uno no puedo evitar el insultarle y el diálogo se hace imposible. Finalmente me he armado de valor y me he dicho que debería pedir una audiencia al presidente de la República, que tan gentil fue conmigo justo antes de su muerte, para exponerle mi problema. Le encuentro (al presidente) tras haberme visto obligado a pasar por las formalidades más estúpidas que usted pueda imaginarse y que pasaré por alto. Sin embargo, él tiene aspecto de alegrarse de volver a verme y llora de emoción estrechándome la

mano. Está solo en su despacho dibujando en una pizarra el mapa-mundi (así lo llama él), es decir: una vaga idea de lo que imagina que debe ser el Uruguay tras el desastre. No es la forma, geográficamente hablando, lo que ha cambiado sino la colocación de los habitantes a los que dibuja, con una tiza de color rosa, en la pizarra (dibuja los límites del Uruguay en amarillo y los accidentes geográficos, tanto las montañas como los ríos o las casas, en verde). Como toda la población del país me sigue a todos los sitios a los que voy, no para de redibujar el emplazamiento de las gentes con su tiza rosa siguiendo las informaciones que de mis desplazamientos recibe por teléfono sin interrupción. Me decido a hablarle con toda franqueza y le digo que en la situación en la que me encuentro (se la explico con detalle) su país ha dejado de interesarme. Cuando mi discurso termina el presidente se rasca la cabeza; después, tomando una decisión (me pregunto cuál) sale de la habitación y regresa al poco rato con la niña (la niña que yo había encontrado despanzurrada en mi cama) y con la señora negra del estanco (mi antigua novia muerta, aunque ella nunca lo ha sabido). Por un momento he tenido miedo de que me obligara a casarme con la señora negra, pero se trata de otra cosa. Ha sacado de un cajón el pie que yo había cortado a la señora negra durante su muerte

y me ha pedido que le enseñara como hago milagros. He logrado pegar de nuevo el pie aunque al revés, pero creo que no se han dado cuenta porque a los tres se les caía la baba de admiración. A continuación me ha pedido que despegara la nariz de la chica y me he negado enérgicamente porque un milagro, después de todo, es un milagro y hay que hacerlo servir para acciones justas o al menos útiles. Ha comprendido mi punto de vista y educadamente me ha pedido excusas. A continuación me ha ofrecido un habano que he aceptado y le ha dicho a la niña que saltara a la cuerda, lo que ha hecho, y a la señora negra que bailara, lo que igualmente ha hecho, aunque de modo bastante poco atractivo a causa de la posición de su pie, y él mismo ha sacado un violín del cajón y ha hecho ver que tocaba (el violín no tiene ni cuerdas). Me he dado cuenta de que esperaban alguna frase amable por mi parte y les he dicho «charmant, charmant», lo que al parecer les ha satisfecho mucho porque han parado. He aprovechado para insistir, de un modo tranquilo pero firme, en la necesidad de encontrar una solución a mi situación en el Uruguay. El presidente se ha rascado la cabeza. He comenzado a sentirme un poco harto. «¿Avión?» he preguntado. «No avión» me ha contestado. No hay más avión que el que le bombardeó y no tiene motor. «¿Barco?» le he dicho. «No barco» me ha

contestado. He pensado que hay barcos porque he utilizado uno. «¿Por qué no barco?» le he dicho con firmeza. «No mar» me ha contestado. Me ha cogido del brazo y me ha acompañado a una ventana de la que ha descorrido los cortinajes. Casi he caído al suelo de la sorpresa. En efecto, no hay mar. El cielo comienza justo al borde de la playa. Por un momento he creído volverme loco a marchas forzadas. He hecho un esfuerzo sobrehumano para respirar con calma y finalmente he dejado de temblar. La niña me ha servido un coñac que me he tomado de un trago. «¿Miraccolo?», me ha dicho el presidente y he comprendido que esperaba de mí que hiciera volver el mar. Aunque no confiaba en lograrlo, he mirado nuevamente por la ventana fija e intensamente hacia el lugar del mar. Al cabo de diez minutos ha aparecido una pequeña ola que pronto ha sido absorbida por la arena, y eso ha sido todo. Me he puesto a llorar como un niño y el presidente me ha dado unas palmadas en el hombro. La señora negra y la niña han llorado conmigo, lo que me ha conmovido mucho ya que, después de todo, podrían reírse de mis desgracias como yo me río de las suyas. La niña se ha arrodillado a los pies del presidente y le ha pedido que me canonizara, presa de una auténtica crisis de historia, Al principio hemos encontrado la idea perfectamente ridícula y hemos tratado de calmar

a la niña ofreciéndole bombones, pero más tarde hemos pensado que bien mirada la idea no tiene nada de despreciable y hemos comenzado a calibrar sus pros y sus contras. Hemos decidido de común acuerdo que mi canonización ha de quedar en secreto (es una idea del presidente) puesto que si los uruguayos vinieran a comprobar mi santidad, automáticamente se crearían dioses (dada la idea que ellos se hacen de mí es casi seguro que cada uno de ellos se creería el dios de mi religión) y esto despertaría entre ellos una rivalidad muy peligrosa puesto que, siendo bastante agresivos de naturaleza, comenzarían a matarse entre ellos sin más, lo que sería poco caritativo por parte de un santo incluso falsificado, como es mi caso. Así pues mi canonización deber quedar anónima, es decir que hay que dar con la manera no sólo de esconderla a los uruguayos sino de hacerles creer que yo soy un uruguayo como ellos. Es también importante por una razón puramente práctica: conviene que dejen de perseguirme por todos los sitios a los que voy, empujándome y profiriendo insensateces, de ello depende mi salud tanto física como moral. Evidentemente es el punto más difícil de resolver porque todos me reconocen en cuanto me ven, por esto hemos pensado que podría quizás intentar el milagro de cambiar de aspecto físico, pero aunque he conseguido que se me hincharan un poco los mo-

fletes y se me alargaran un poco los brazos y la nariz, esto no me cambia lo suficiente como para no ser reconocido. El presidente ha tenido la idea de cortarme los párpados y los labios y convertirlos, es el colmo, en mis reliquias, y aunque al principio la idea no me ha tentado por razones estéticas, he terminado por convencerme de que ésta es la mejor solución y he conseguido al mismo tiempo el milagro de anestesiar-me durante la operación. Cuando me he mirado en un espejo he estallado de risa, de tan desconocido que estaba. Ahora sólo nos queda por escoger una falsa palabra (la palabra que pertenezca a cada uno de ellos y que constituya el punto de unión que ellos tengan hacia mí) pero la elección es difícil porque quiero encontrar la más comfortable de pronunciar (es ya bastante aburrido no tener más que una sola y si además hay que repetirla a lo largo del día va a ser una pesadez). Lo más difícil evidentemente habría sido escoger la palabra palabra que es la palabra más simple, pero para esto hace falta tener labios. Me he decidido por la palabra rata que es bastante corta y no exige más que un pequeño temblor de la garganta en el momento en el que los pulmones se desinchan. El resto ha sido un juego de niños. El presidente me ha hecho salir por una pequeña puerta secreta (me han abrazado los tres deseándome buena suerte) y me he mezclado por entre

la multitud que se pasea frente a la Casa Presidencial en espera de mi salida pronunciando cada uno su palabra; yo he repetido «rata, rata» y naturalmente me han tomado por uno de los suyos. Al principio han estado muy inquietos al no verme salir de la Casa Presidencial (para ellos estoy ahí dentro desde hace tres semanas) pero estos últimos días han comenzado a calmarse. Poco a poco han reanudado su antigua costumbre de escogerse lugares. Para hacer como ellos me he elegido uno bastante confortable (son tan burros que escogen cualquier cosa, hasta un tenedor les es bueno para sentarse encima de él todo el día). Yo tengo siempre el mismo lugar: un gran agujero que he cavado en la arena y en el que he colocado algunos efectos personales e incluso un tocadiscos de pilas. No puedo decir que me sienta desgraciado, ya que la vida es tranquila y la alimentación buena. Deliciosas legumbres han comenzado a crecer por todas partes y no tengo más que estirar mi mano fuera del agujero para atrapar un conejo y prepararme un plato succulento. El presidente viene a menudo a verme y no deja nunca de traerme un azúcar o un habano y a veces incluso las dos cosas. A veces le acompaña la niña y los tres juntos tomamos baños de sol en la playa (es en estos momentos cuando más se nota a faltar el mar) bebiendo cervezas y haciendo castillos de arena. Para divertir a la niña,

a la que adoro, le hago de vez en cuando milagros aunque en los últimos tiempos he perdido muchos de mis poderes. Pero aún tengo algunos trucos de reserva. Puedo aún hacer que se muevan algunos granos de arena o que crezcan los tomates. Los viernes por la noche ceno en el Plaza, pero el servicio es muy malo desde lo de la resurrección, porque te sirven la primera cosa que les pasa por la cabeza. Y a veces esa cosa no es del todo comestible. No pienso volver más. Anteayer casi me echan a la calle porque me negué rotundamente a comer una repugnante mezcla de patatas hervidas y fritas colocadas en torno a uno de los calcetines del camarero (le vi poner el calcetín en el plato con mis propios ojos) y eso que soy un cliente de los más antiguos. Se lo he comentado al presidente y me ha prometido que los haría ejecutar. Anteayer el monte de Montevideo se ha alejado dulcemente en el mar hasta convertirse en un punto en el horizonte. Inmediatamente todas las casas de la ciudad se han amontonado unas sobre otras alrededor de la Casa Presidencial y la Casa Presidencial misma no ha parado de dar saltos que a veces llegan a ser de treinta metros. Es bastante molesto porque esto hace que tiemble el sol. Hemos visto cosas peores, bromea el presidente. Te dejo la palabra. Hasta mañana, Maestro. Buenos días, Maestro. Hemos recibido la visita del papa de la Argentina, es peque-

ño y flaquito, va vestido de oro y vuela (ha llegado volando, para hacer cualquier cosa imita el ruido de un avión y esto le levanta mecánicamente del suelo, a continuación señala con el dedo índice la dirección que prefiere). Parece ser que en la Argentina nuestras aventuras han sido seguidas por televisión y él ha venido a ponerme la medalla del cómico argentino (un bajorrelieve que representa la cabeza de una vaca extremadamente seria mirando fijamente el horizonte, dice que es el emblema de la Argentina). He fingido estar emocionado, pero sin exagerar la nota, porque creo que me ha propuesto un contrato como actor en la televisión argentina. Le he hecho ver muy cortésmente que mi éxito en la televisión era del todo accidental, pero me ha contestado bastante en serio que era un hecho. El presidente, que es un gran naíf, no ha parado de hacerle reverencias y de tomar notas de todo lo que el otro ha dicho. Ha pretendido que él podía detener los brincos de la Casa Presidencial (da saltos histéricos cada tres minutos) si yo le prestaba mis reliquias. Las ha pegado a sus párpados (mis ex-párpados) y a sus labios (mis ex-labios) lo que le ha dado un aire totalmente ridículo. A continuación se ha puesto a volar alrededor de la Casa Presidencial como un moscardón gritando «caraco, caraco» que es, al parecer, la palabra clave de la brujería argentina. Al cabo de una hora,

completamente agotado, se ha desplomado a nuestros pies y le hemos dado un vaso de agua. Ha pretendido que la Casa Presidencial saltaba con más suavidad que antes, lo que es falso. Le he pedido que me devolviera mis reliquias y las he vuelto a guardar en el cofre que utilizo para esto. Le hemos preguntado si quería pasar la noche en el Uruguay y ha aceptado al ver que tenía por delante varias horas de vuelo y que se estaba haciendo de noche. Esto me ha contrariado un poco (aunque no lo he dado a entender) ya que vivimos un poco apretados (el presidente cuando la Casa Presidencial empezó a dar brincos tuvo miedo de dormir allí y usted ya sabe que mi agujero no es grande y que no tengo más que una cama). Le hemos dado a comer algunas legumbres y nos hemos apretado para dormir los tres en la cama, lo que no es fácil puesto que el presidente no para de engordar desde que la niña lo ha dejado (ella se ha ido al norte con la señora negra y parece ser que han instalado allí un burdel). Ya con las luces apagadas me he dado cuenta de que había cierto movimiento bajo las sábanas: el presidente se hacía sodomizar por el papa de la Argentina. Al instante he encendido la luz y han fingido que dormían. Yo estaba extremadamente sorprendido, no por el hecho en sí que no tiene nada de reprobable sino por el extremo servilismo del presidente que haría

lo que fuera con tal de que se le devolvieran las vacas uruguayas que se fueron a nado a la Argentina cuando aún había mar. No he apagado las luces y he fingido que leía, pero me he dado cuenta de que el presidente, aún roncando y todo, el muy hipócrita estaba masturbando al otro. Me he levantado tranquilamente y he pedido al papa que fuera a dormir a la bañera, pero se ha negado muy secamente con el pretexto de que él es el papa de un país más grande que el nuestro y ha dicho que era a mí o al presidente a quien le correspondía ir a dormir a la bañera. Le he recordado que está bien ser papa, pero que yo soy santo, y como no ha encontrado respuesta a esto ha hecho ver que dormía de nuevo. A todo esto, el presidente, muerto de vergüenza, roncaba de tal modo que rompía los tímpanos. He vuelto a acostarme y he apagado las luces pensando que tras este incidente no se atreverían a recomenzar. Cuando apenas me había calmado un poco he notado la mano del papa entre mis nalgas tratando de separarlas con los dedos, pensando que dormía tan profundamente que no me daría cuenta. He dado un salto y he encendido la luz. El papa me ha mirado riendo y haciendo gestos obscenos con su dedo índice. Le he preguntado calmadamente si no le daba vergüenza. Me ha dicho que un papa no tiene vergüenza de nada, lo que no les ocurre a los san-

tos. Esto me ha exasperado. Me he echado sobre él y le he retorcido la nariz hasta hacerle sangrar. Le ha sorprendido tanto que no se ha atrevido a contestarme. A la mañana siguiente, los tres hemos tomado en silencio el café con leche, y aunque el presidente no se atrevía a levantar la vista de la taza, el papa parecía muy despreocupado e incluso ha hecho algunos vuelos alrededor de la mesa antes del desayuno. Tras el café con leche, el papa nos ha pedido que le enseñáramos algunos uruguayos antes de marcharse. Montados a caballo hemos dado una rápida vuelta por el Uruguay, lo que no es nada difícil ya que el país no para de encogerse. El papa ha estado bastante descortés y no ha parado de decir que los argentinos son más altos, más limpios, más ricos que nosotros, y aunque esto fuera verdad (no lo sé porque nunca los he visto) no creo que sea ésta una cosa que le corresponda decir a un papa. Nos ha propuesto una partida de dados entre argentinos y uruguayos, y aunque al presidente parecía seducirle la idea yo me he negado. Hemos almorzado en el Plaza y el papa no parecía tener prisa por irse. Le he recordado que si quería llegar a Buenos Aires antes de que oscureciera aún estaba a tiempo de ponerse en marcha. Ha dicho que le da igual porque los argentinos van a esperarle el tiempo que él quiera. Se ha limpiado los dientes haciendo rui-

dos y el presidente le ha imitado. Después ha propuesto al presidente una visita a la Argentina y el presidente ha enrojecido de confusión. Me ha mirado con cara de perro implorando su comida y le he dicho que si quiere partir es asunto suyo. «Sabía que era usted bueno», me ha dicho el papa, «y le doy mi bendición.» Le he dicho muy cortésmente que no tenía nada que hacer con ella. «Se la doy de todos modos» me ha dicho, y ha escrito la palabra «bendición» en un trozo de mantel y me lo ha dado. He hecho de él una bola y la he tirado en medio de la mesa. El papa se ha puesto a contar al presidente las maravillas de la Argentina donde, al parecer, la gente ha adoptado una nueva religión que consiste en reírse los unos de los otros (él es el único en no reír y nadie puede reírse de él, por esto es el papa) y parece que se concentran todos en un mismo lugar del país, porque cuanto más numerosos son más se ríen. He encontrado todo esto tan estúpido que ni tan siquiera me he molestado en decírselo. El presidente me ha preguntado si podía irse con algunas de mis reliquias para mostrárselas a los argentinos y le he dado un trozo de párpado. Han decidido marcharse de noche a pesar de que sopla mucho viento, pero el papa asegura que puede volar de noche y con cualquier tiempo. Hemos atado el presidente al papa con una cuerda. Parecían dos salchichones atados

juntos y me he dicho que si su religión es reír, estarán bien contentos cuando les vean llegar. Nos hemos hecho reverencias y han empezado a subir por los aires. Han tardado tres horas al menos en desaparecer por el cielo porque el pobre papa volaba como un gorrión al que hubieran atado un ladrillo. Les he dicho adiós con la mano y me he ido a dormir, porque la noche anterior casi no pegué ojo. Mañana he de ocuparme de todo el país yo solo. Pese a que en la actualidad están casi todo el tiempo inmóviles y mudos, el hecho de no verme durante dos o tres días les provoca crisis de angustia que prefiero evitar. Así, todos los días doy una vuelta por el Uruguay y dejo que cada uno de ellos me vea, y para cada uno tengo una palabra amable. Lo que más les gusta es que les explique a qué se parecen en relación a la última vez que les vi, por ejemplo, a uno que perdió sus cabellos le digo: «usted ha perdido sus cabellos» y él se tranquiliza e incluso ríe, o bien a una mujer que ha perdido su marido le digo: «usted ha perdido su marido», entonces ella llora un poco y luego se calma. A los que sufren porque su lugar es poco confortable (aquellos que han escogido como lugar un cactus o bien una caja demasiado pequeña para ellos) les digo: «su lugar no es confortable» y esto les calma. A fuerza de repetirles cada día la misma frase han terminado por aprenderla de

memoria y el calvo, por ejemplo, cuando me ve me dice: «usted ha perdido sus cabellos» y la viuda «usted ha perdido su marido». Han aprendido a tener entre ellos breves conversaciones. Ahora el calvo le dice a la viuda: «usted ha perdido sus cabellos» y la viuda le contesta «usted ha perdido a su marido» y esto les hace reír. He intentado el experimento de colocarlos en círculo y, a pesar de que esto al principio les horrorizaba, en la actualidad han comenzado a acostumbrarse y no paran de decirse tonterías. Les he colocado a todos en un gran círculo, pero no les ha gustado mucho pues no llegan a ver los límites del círculo que ocupa prácticamente todo el sitio del Uruguay y se han quedado mudos. A cada uno le he enseñado a decir su frase a su vecino de la izquierda y a escuchar la frase de su vecino de la derecha y a repetirla a su vecino de la izquierda, y así indefinidamente. Al principio no les ha gustado mucho, pero al cabo de un rato, cuando han descubierto que regularmente todos los días su frase les volvía, han estado realmente encantados. La viuda, por ejemplo, desde que sabe que todos los días a las diecisiete quince su vecino de la derecha va a decirle «usted ha perdido su marido» se empieza a divertir desde la mañana y yo, por mi parte, la hago servir de reloj, lo que me es bien útil ya que el mío se rompió hace no sé cuántos años. Habría

sido una solución perfecta para ellos y para mí si últimamente el tiempo no se hubiera reducido en sus cabezas de una manera vertiginosa. Se hablan cada vez más deprisa y cada frase tarda apenas quince minutos en dar la vuelta completa. Me he dicho que si llega el momento en el que la misma frase da la vuelta al círculo en un instante nos arriesgamos a uno de esos raros cataclismos típicamente uruguayos a los que estamos, desde luego, habituados, pero que no siempre son deseables. He probado a colocarlos de una manera diferente (se niegan una vez visto el gusto que le han tomado al juego) y también a introducir nuevas frases en el círculo, pero parece que nada de todo esto les entra. Allá ellos, ya verán lo que les pasará. Segundo golpe de teatro: el presidente ha vuelto. Se le ha catapultado al Uruguay, el papa no se ha molestado en acompañarle. De entrada ha tratado de hacerme creer que lo suyo había sido una tournée triunfal por las provincias argentinas, pero ha bastado con una sola mirada severa que le he lanzado para que se hundiera en llanto contándome la triste verdad: el papa, cuyo verdadero nombre es Mister Poppy, en realidad es un peligroso traficante de blancas. Había venido al Uruguay para reclutar a la niña y a la señora negra en las que se había fijado a través de las emisiones de televisión. Para lograrlo montó toda esa historia en

la que se hacía pasar por papa, el muy cerdo, y al no encontrar a la niña y a la señora negra sedujo al presidente para hacerle trabajar en los burdeles argentinos. Parece que el pobre las ha pasado de todos los colores. Se le vestía de bailarina española y había cola para sodomizarle. A costa de sacrificios consiguió finalmente tener bastante dinero como para poder comprar una catapulta en espera, según él, de obtener mi perdón. Le he perdonado de todo corazón y se ha puesto a llorar. Me ha confesado que un día en que se moría de hambre en la nieve vendió mi reliquia para poder comprarse un sandwich. Le he perdonado. Me ha traído un regalo, una corbata que uno de sus clientes olvidó en su habitación de Tucumán. Me ha pedido que me la ponga en la primera cena que hagamos juntos después de su desventura. Me he puesto la corbata y le he dicho que tomara un baño mientras yo pelaba las patatas: ha dicho que no había necesidad, pero le he ordenado que lo hiciera porque está muy claro que no ha tomado ningún baño desde que se fue. Mientras pelaba las patatas he oído el ruido de la ducha sobre el parterre y no sobre él, de modo que he entrado en el lavabo y le he encontrado sentado en el bidet riendo. Lo he metido en la ducha a patadas y he esperado a que se enjabonara totalmente. Hemos cenado a solas en la playa a la luz de una lámpara que había

recuperado de la Casa Presidencial antes de que quedara inservible. El presidente, animado por el vino, se ha ido de la lengua y me ha contado que al principio estaba enamorado del papa, quien se negaba a casarse con él, pero que pronto encontró un agregado de ministerio que le pagaba todos los caprichos. Llegó, según él, a hacerse ofrecer una estola de armiño y una tiara de estrass y una tarde fue invitado a una recepción en la que tomó cocaína de la que guarda un recuerdo inolvidable. Me ha preguntado si no tenía cubiertos para comer las patatas y le he respondido lacónicamente que no. Ha cogido las patatas con los dedos y las ha mojado en el vino y después las ha chupado gritando «ho-la-lá, ho-la-lá» como si fuera la mejor de las delicias. Me ha dicho que en la Argentina es fácil hacer dinero, pero que no le interesa porque son demasiado groseros. Su mejor compañera, una árabe, fue maltratada porque se negó a chupársela a un negro y fue ella la que fue condenada porque los negros dijeron que les había mordido en los testículos y fue azotada en una plaza pública. Me ha confesado que en el fondo es a mí a quien siempre amó, pero que mi carácter cerrado le llevó a huir de mí. Me ha dicho que a menudo, en sueños, yo le llamaba y que ésta era una prueba de que le amaba. Me ha cogido la mano apretándola muy fuerte con lágrimas en los ojos y he de

confesarle que esto me ha emocionado. Es un buen tipo y no tengo derecho a juzgarlo por un extravío pasajero del que él mismo ha sido la primera víctima. A la hora del café hemos recibido la inesperada visita de la niña y de la señora negra que habían oído que el presidente estaba de vuelta y que querían enterarse de cómo eran las últimas modas argentinas (actualmente ellas tienen un almacén de modas) y el presidente les ha hecho algunos croquis. Ellas esperan ampliar su negocio y conquistar todo el mercado uruguayo y para esto cuentan conmigo para que les preste una máquina de coser, pero desgraciadamente no tengo ninguna. Se han ido tristes aunque optimistas. En cuanto se han marchado, el presidente me ha hecho una escena inaguantable diciendo que yo había dormido con ellas durante su ausencia, lo que es absolutamente falso ya que no las había visto al menos desde hacía cinco años. Tras haberme roto un plato en la frente se ha arrojado a mis pies pidiendo perdón. He intentado convencerle de que se fuera a la cama y me ha acusado de querer envenenarle mientras dormía. Le he asegurado que no y ha vuelto a pedirme perdón. Le he acariciado un poco la cabeza y parece que esto le ha apaciguado porque se ha dormido con la cabeza entre mis rodillas. Se hace de día. Es muy bello, pues desde que el cielo está al borde de la playa se puede tocar el

sol con la punta de los dedos en el momento en que pasa ante ti. Una lágrima corre por mi mejilla. El presidente ha tenido una pesadilla entre dos ronquidos y ha gritado: «¡Mister Puppy, no me pegue más!». Le he zarandeado y se ha frotado los ojos, me ha abrazado y después se ha dormido de nuevo. Yo también porque mañana tengo un día muy atareado. Hasta mañana, Maestro.

